

S
S
SERVICIO SECRETO

B
B

LA MUERTE AGUARDA EN HONG-KONG
lou carrigan

Un detective privado es enviado a la colonia inglesa para investigar la desaparición de un compañero encargado de un turbio asunto. A su llegada a la ciudad, la policía local requiere de sus servicios para indentificar el cadáver de su colega desaparecido, ahogado en el mar hace mas de 10 días, descubriendo con asombro que pertenece a otra persona. Ésta, está relacionada directamente con el primer caso cuyas pesquisas estaba realizando el compañero desaparecido...



Lou Carrigan

La muerte aguarda en Hong-Kong

Bolsilibros - Servicio Secreto - 619

ePub r1.0

Lds 08.10.17

Título original: *La muerte aguarda en
Hong-Kong*

Lou Carrigan, 1962

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



Preludio

El chino aquel era gordo, muy gordo, increíblemente gordo..., estrepitosamente gordo.

Comía arroz, y su apetito correspondía exactamente a un tipo de su gordura; algunos granos, al escaparse de los palillos, le caían por la barbilla y las ropas, por encima de su prominente abdomen. Un abdomen increíble, fantástico, fenomenal.

—Dale más fuerte, Wang.

El otro chino era menudo, delgado... Su descripción queda completa así: era un chino. Como todos: ojos y pelo negro y expresión inescrutable.

Ni siquiera se molestó en decir que sí, que le iba a dar más fuerte. Se limitó a golpear de nuevo la cara del hombre que estaba amarrado a una silla. No le golpeó con la mano, sino con la correa del prisionero, doblada por la mitad.

Los dos trallazos restallaron secamente y el hombre que los había recibido en la cara se limitó a morderse los labios. Era un americano de mediana estatura y complexión fuerte; también su edad era mediana.

El chino gordo no dejó de comer para preguntar:

—¿Y ahora...?

El americano lo miró fijamente. No dijo nada; sólo lo miró.

Al chino gordo le saltaron algunos granos de arroz de la boca cuando musitó:

—Dale tú, Tao.

Tao era otro chino. Un chino, eso es todo. Se acercó al prisionero, le cogió por los cabellos y, manteniendo alta su cabeza por ese medio, comenzó a abofetearlo con saña, aunque sin variar en lo más mínimo de expresión.

El chino gordo no miraba; continuaba comiendo plácidamente, con una rapidez asombrosa. Manejaba los palillos con la habilidad

que sólo puede conseguir un chino. Cada viaje de los palillos era mayor que una enorme cucharada.

—No quiere hablar, Lin Wu.

Lin Wu Tang pareció no oír nada. Comía, comía, comía...

De pronto levantó la cabeza.

—Ahora tú, Wing Lao.

Wing Lao era otro chino. Todos sabemos cómo son todos los chinos.

Wing Lao se acercó al prisionero. Estaba hecho una lástima, llena de sangre su cara por los muchos golpes recibidos; tenía alguna quemadura en sus mejillas.

Al fondo de la trastienda, había dos hombres blancos; se llamaban Karl Beckert y Waldo Moss, alemán y americano respectivamente. Miraban la escena con algo de aprensión, que no conseguían disimular del todo. Pero ellos no podían hacer nada. Absolutamente nada. Por eso, ni siquiera parecía que mirasen, sino que estuviesen enfrascados en la limpieza de sus uñas.

Wing Lao parecía saber lo que tenía que hacer, porque encendió una cerilla, y, con la misma tranquilidad de quien prende un cigarrillo la aplicó a los cabellos del prisionero, tras rociarle un poco de *whisky*.

Éste chilló, con incontenible miedo.

El gordo dijo:

—¿Por qué no habla, señor Bascomb? Será mejor, ¿no cree?

Sam Bascomb estaba pálido, hasta el punto de que todas las magulladuras de su rostro destacaban grandemente. Sus chillidos parecían querer reventar las sucias paredes.

Lin Wu Tang hizo una seña con uno de los palillos, y Wing Lao apagó con un trozo de saco la llameante cabeza.

—Despertadlo.

Le echaron agua. Sam Bascomb suspiró, se agitó. Cuando abrió los ojos, Lin Wu Tang continuaba comiendo, sin mirarlo.

Pero preguntó:

—¿Y ahora...?

—No..., no dije nada. Se lo juro. No envié ningún mensaje a la agencia de Los Ángeles. Le juro...

—Le creo, le creo, señor Bascomb. Vea: su agencia...

Mejor dicho, la agencia para la que usted trabaja, está reputada

como una de las mejores. Ello me hace suponer que usted y los demás hombres son investigadores excepcionales. ¿Qué cree que harán allá, en Los Ángeles, cuando no reciban ninguna noticia de usted durante unos días?

—¿Van a matarme?

—¡Qué disparate! No, señor Bascomb. Sólo queremos retenerlo unos cuantos días, aquí, escondido. Pero queremos saber qué hará su agencia de Investigaciones de Los Ángeles cuando pase ese tiempo sin saber nada de usted.

Sam Bascomb inclinó la cabeza. Conocía a su jefe, Bram Holden, el dueño de la Holden's

Privates Investigations Agency. En cuanto Bram Holden se preguntase por qué uno de sus agentes, Sam Bascomb, no enviaba noticias, haría una cosa: enviar a otro agente mejor. Y así hasta que la cosa se solucionase o tuviera que intervenir él personalmente, el más inteligente y movido de los detectives privados.

—¿No contesta, señor Bascomb?

—Enviaré a otro hombre.

—¿Cuál? ¿Cómo se llama?

—¿Cómo quiere que lo sepa desde aquí? No puedo saber cuál de ellos estará libre para cuando mi jefe decida hacer algo.

—Es cierto. ¿De veras no envió usted ninguna información a Los Ángeles, señor Bascomb?

—Ya le he jurado...

Lo había olvidado. Aún tendrá que decirme algunas cosas más, señor Bascomb. Por ejemplo: ¿cuántos hombres trabajan en su agencia y cuántos estaban ocupados cuando usted salió de allí, en avión, hace dos días?

Sam Bascomb se pasó la lengua por los magullados labios. Sabía que le iban a matar. Tenían que matarlo después de haber visto cómo le clavaban dos balazos en el pecho a Henry Crawles, el hombre que había telegrafiado a Los Ángeles, a la agencia de Bram Holden, solicitando de éste uno de sus hombres para cierta investigación privada... y delicada.

A Henry Crawles le había matado el chino gordo, Lin Wu Tang, con la pistola de uno de aquellos dos tipos blancos que parecían no darse cuenta de lo que estaba sucediendo. Luego, una vez muerto

Henry Crawles, Lin Wu Tang parecía haberse calmado, recuperando su irlo dominio.

Pero él, Sam Bascomb, había visto matar a un hombre. ¿Por qué sustentaba la estúpida esperanza de que un asesino se iba a limitar a tenerlo unos cuantos días encerrado? Y luego soltarlo... ¡No! Lo mataría. Seguro que lo mataría. Como a Henry Crawles, el hombre que había telegrafiado a Los Ángeles solicitando un detective.

No debieron mandarle a él, a Sam Bascomb. Debieron enviar a uno de los jóvenes. Los había que daban trabajo incluso a cuatro chinos como aquéllos. El, Sam Bascomb, estaba más indicado para otra clase de investigaciones, no para meterse en Hong-Kong

como quien va de San Diego a Pasadena, en su cómodo coche.

¡Eso es! Debieron enviar a Nat. Nat Robson. Seguro que si hubiese sido Nat el del viaje, las cosas hubieran rodado de otro modo. A él no le hubiesen atrapado empujándolo con una pistola metida en un bolsillo hacia un coche. No. A Nat no le hubiesen atrapado así.

Y en aquellos momentos, tanto Nat como el asesinado Henry Crawles habrían solucionado aquel sucio asunto que él había tenido la desdicha de husmear...

Lin Wu Tang dijo:

—Traedlo.

Era increíble. Todavía comía. Y seguía comiendo cuando colocaron junto a él la silla en la que estaba atado Sam Bascomb. Lin Wu Tang fue haciendo algunas preguntas, espaciadas; cada una de ellas era pronunciada cuando la anterior había sido digerida con la cantidad de arroz correspondiente.

Lin Wu Tang, finalmente, se incorporó un poco. Le quedaba algo de arroz en la gran taza, pero consiguió desviar la mirada hacia Bascomb. ¿No quiere que le matemos, señor Bascomb?

—Sé que van a matarme.

—Si a usted no le parece bien no lo haremos.

—Pues... No, no me parece bien.

—Es una lástima. Debe resultar desagradable ser ciego.

Sam Bascomb palideció hasta lo imposible.

—Oiga...

Dos de los chinos le habían sujetado con fuerza la cabeza.

Bascomb chilló, con un trémolo trágico, cuando los dos palillos pincharon sus ojos, reventándolos. Perdió instantáneamente el conocimiento.

Lin Wu Tang sacó de cada ojo el palillo correspondiente, los limpió en las destrozadas ropas de Sam Bascomb y dijo:

—Llévoslo con el otro.

Y continuó comiendo.

Karl Beckert y Waldo Moss notaban un espantoso temblor en sus piernas; sus dientes chocaban; estaban lívidos como cadáveres.

Lin Wu Tang ladeó la cabeza, y sus ojos casi hundidos en pegotes de grasa, se dirigieron torvamente hacia ellos.

—¿Qué os pasa a vosotros? ¿No os ha gustado?

Waldo Moss extrajo la botella de *whisky*, sin contestar. Para poder beber tuvo que llevarse la botella a los labios con ambas manos, y, una vez allí, morder el gollete. Se manchó el traje. El alemán le quitó la petaca y bebió también ávidamente.

—Contestad.

Tragaron saliva.

El alemán fue el primero en reaccionar:

—No... no mu... cho, la verdad...

—¿Os horroriza?

—Esto..., esto nunca lo habíamos... hecho... ni visto...

Lin Wu Tang tiró los palillos, lanzando un gruñido de satisfacción.

—Creí que no podría con todo. ¿No os gusta el arroz?

—Escuche, Lin Wu: nosotros...

—Vosotros cobráis un sueldo de mí hace tiempo para las pequeñas cosillas que han ido saliendo. ¿Os pago mal? —¡No! ¡No, de veras, pero preferimos...!— ¿Dejar de trabajar para mí?

—Eso es...

Lin Wu Tang se puso en pie, los miró, y soltó una carcajada.

Muy bien —volvió a reír, agitando sus abundancias—, hacedlo. Si no queréis trabajar para mí, marchad a hacerlo para otro. Habrá un par de entierros preciosos...

Ya no les hizo caso. Prodigiosamente ágil, consiguió ascender un par de peldaños que nivelaban la pequeña puerta, que había permanecido cerrada, con el piso de la trastienda.

Abrió la puerta, y, riendo, desapareció por ella.

CAPÍTULO PRIMERO

TELEGRAMAS

—Una vez, un amigo me dijo, hundiéndome un dedo entre dos costillas. —Tú llegarás lejos, Nat.

Tenía razón. ¿Quién puede dudar que llegarse a Hong-Kong desde Los Ángeles no sea llegar lejos?

Otra vez, una mujer me dijo:

—Así no, estúpido.

Y entonces decidí no casarme.

Éstos son los hitos de mi personalidad. ¿Qué puede ser un tipo soltero que quiera llegar lejos? Un aventurero. Hay muchas clases de aventureros. Yo...

Me llamo Nathaniel Robson. Para ustedes, amigos seré Nat, a secas.

Escuchen esto: hace dos días, no tenía un centavo. Hoy sí. Bueno, algo más de un centavo, la verdad. Vean: Yo estaba en mi apartamento, intentando escribir un artículo sensacional sobre cierto asuntillo detectivesco...

¿Les he dicho que soy detective privado? Seguro. Trabajo para la mejor agencia de los Estados Unidos. O sea, del mundo. Mi jefe se llama Bram Holden, y tiene sus oficinas en Alvarado Street, una calle muy simpática de Los Ángeles. Hace poco, Bram se casó. No había tenido mucha suerte hasta entonces, no. Pero ella... Eveline, se llama, ha sido un amuleto mejor que la pata de conejo de un negro. Todo va bien. Y yo, hasta cobro cada semana. Lástima que el dinero me duraba a mí lo mismo que el sonido que se produce al

chascar los dedos. Y es que cuando un tipo como yo no está casado, tiene muchos gastos. Ya se sabe.

Bueno, pues unos días atrás yo estaba dándole a la máquina en mi apartamento, intentando conseguir un articulillo decente. ¡Oh, no crean que no me han publicado ninguno! Por lo menos, una docena. Palabra. Y eso es dinero.

A mí me gusta mucho el ruido cuando escribo. Me encanta. Me da la sensación de que los demás están demasiado ocupados en sus cosas para molestarme a mí. Eso es. La radio funcionaba a buen volumen, y yo, mientras escribía, tragaba anuncio tras anuncio. Oigan, eso de los anuncios está muy bien.

Verán.

Yo escribía y, de pronto, sonó el teléfono. Tui a él de mala gana.

Pregunté:

—¿Quién es el maldito?

—¿El señor Nathaniel Robson? —Ajajá.

—¿Cuál es el calcetín perfecto?

—Calcetín «Apache». ¡Ni un defecto!

Así de sencillo. Lo dije sin darme cuenta. Estaba tan atiborrado de anuncios, que éste brotó de mi cuerpo como el agua de una esponja pisada.

El tipo del otro lado del teléfono estaba entusiasmado, y gritaba hasta el punto de que tuve que separar un poco el auricular. Bueno, resultaba que los calcetines «Apache», era un producto nuevo, y que, según cierto concurso, premiarían con dos mil dólares al tipo que, cuando fuese telefoneado cinco horas después de que la radio hubiese expandido el *slogan*, contestase como lo había hecho yo.

¡Dos mil dólares!

Además, salí en la televisión al día siguiente, en aquel espacio llamado *Who is Lucky this week*, y allí me entregaron los dos mil dólares. Yo había sido el afortunado aquella semana.

Cuando llegué a casa con los dos mil dólares, Gladys estaba allí, tumbada en mi cama, esperándome.

—Hola, Nat.

—Te has enterado, ¿eh?

—¿De qué, Nat?

—Está bien, ingenua. ¿Qué quieres?

—Cariño.

—De eso no tengo. ¿Te bastan cincuenta dólares? No pienso soltar ni un centavo más.

—¡Oh, Nat!

—¡Oh, Nat! —Imité yo—. Dime lo que quieres, Gladys.

—Estar contigo. —¿Cuánto rato?

Toda la noche.

Estuve a punto de enviarla al diablo, que quizá la hubiese acogido mejor que yo. No es que Gladys estuviese mal, no. Pero cuando una chica ya nos ha enseñado los lunares, pierde interés.

No obstante, Gladys y yo habíamos sido muy amigos, y comprendí cuál era la táctica a emplear con ella.

—Está bien, nena. Quédate.

—¡Oh, Nat!

—¡Oh, Gladys!

—Te burlas de mí, Nat.

Se levantó y me echó los brazos al cuello, cuando sus labios ya estaban cerca de los míos, conseguí pasar mi mano entre los dos cuerpos y colocarme un cigarrillo en los labios.

—¡Oh, Nat!

—No llores. Oye: ¿a qué hueles?

Gladys sonrió.

—¿Te gusta? Se llama *Idylle*. Idilio. Es francés, ¿sabes?

—Es horrible.

—¡Oh, Nat!

—O te lo quitas o te largas.

—Pero Nat, ¿cómo voy a quitarme un perfume...?

—Ahí está el baño. Prepararé algo para beber.

Gladys era así. Le encantaban estas cosas. A veces, si yo no hubiese sido tan desconfiado, incluso habría llegado a pensar que, realmente, estaba loca por mí.

Cuando le dije lo del baño sonrió, sin decir palabra. Me miró, guiñó los ojos muy deprisa, y corrió dando grititos hacia allí. En dos minutos lié mis bultos y me largué, llevándome el vestido y demás prendas de Gladys.

Como soy muy considerado, le dejé los zapatos y un billete en cada uno de ellos.

Estuve a punto de lanzar un grito de alegría cuando llegué a la calle.

Me iba a gastar aquellos dos mil dólares en el sueño dorado de mi vida.

Una manaza enorme me agarró por el cuello.

—Eh, tú, ¿adónde vas?

—¡Bram! ¿Qué diablos haces aquí?

—Busco a un tipo llamado Nathaniel Robson.

—Chao, cariño. No existo para ti. Me voy.

—¿A dónde?

Le dije lo de los dos mil dólares.

—... Y ahora mismo me voy a sacar el pasaje para Tokio. El sueño dorado de mi vida, mi máxima ilusión. ¡Tokio! La calle Ginza, las japonesas... ¡las *geishas*!

—¿Todo eso con dos mil dólares? Despierta, Nat. Oye, usas unas prendas interiores muy delicadas.

Creo que me sonrojé. Yo soy así. Las metí de cualquier manera en mi maleta mientras tartamudeaba:

—Bueno, esto es... es... O sea que no son míos, claro...

—No me digas, chico. Ya sé. Un regalo para una japonesita.

—¡Eso! Eso es.

Cerré la maleta.

—Adiós, Bram.

Bram Holden frunció el ceño, mirándome hoscamente desde su imponente estatura. Yo no soy un enano, pero Bram mide metro ochenta y ocho o así. Giran tipo.

Me dijo cariñosamente:

—Te romperé un par de huesos si no me escuchas, Nat. —Que me voy, hombre. ¡A Tokio!

—Te despediré. No. Lo hago ahora: ¡quedas despedido!

Me eché a reír.

—¡Y un cuerno! Tú no eres ningún estúpido, Bram.

—Cierto. No lo soy. ¿Y qué?

—Pues eso: que tu inteligencia te impedirá despedir al mejor de tus hombres. Incluso mejor que tú mismo, Bram. Cualquier día te demostraré que valgo tanto como tú. Pondré una agencia mejor que la tuya...

—Puedes empezar a hacerlo con esos dos mil dólares. Nat. ¿Por qué malgastarlos?

Silbé a un taxi.

Bram se metió en el *Yellow*^[1] conmigo.

—Te necesito, Nat —dijo, ya seriamente. Y al chófer—: Llévenos a Alvarado Street. Ya le diré dónde.

Me encogí de hombros. Así era Bram.

Cuando llegamos a la oficina, era ya de noche. Bram trajo una botella de ron, y bebimos y fumamos.

—¿Y bien? —pregunté.

Bascomb ha desaparecido.

Lo miré irónicamente.

—¿Te refieres a Sam Bascomb? Lo enviaste a Hong-Kong, ¿recuerdas?

—No seas idiota, Nat, Sam ha desaparecido allí, en Hong-Kong.

—¿Cómo lo sabes?

—Escucha: un hombre llamado Henry Crawles me escribió rogándome que enviase a uno de mis hombres para investigar con el máximo secreto cierto asunto. No decía qué asunto, pero sí decía que, aparte de por la fama de nuestra agencia —se había informado bien—, nos llamaba a nosotros porque temía que si contrataba algún privado en

Hong-Kong

la cosa se vería mucho.

—Bien.

—Sam salió de aquí el día 1.º de este mes de julio. El día 7, ya un poco extrañado de su silencio, le puse un telegrama a su hotel en Hong-Kong.

Ésta es la respuesta.

Bram me tendió un telegrama procedente de Hong-Kong.

Lo remitía un tal Orient Flower Hotel.

«Sam Bascomb ausente este hotel desde día cuatro. *Stop*. Ignoramos paradero. *Stop*. Maletas, efectos a su disposición, pagando cuenta. *Stop*».

«*Orient Flower Hotel*».

—¡Qué gente, Dios! La cuenta... Oye, ¿abrieron el telegrama destinado a Sam?

—Quizá me he expresado mal. Yo no le puse el telegrama a Sam, sino al propio hotel. No me pareció prudente que Sam recibiese telegramas desde Los Ángeles si su misión allí era tan delicada y secreta.

—Ya. Bueno, ¿por qué no le telegrafías a nuestro cliente? Quizá él sepa dónde está Sam.

—Ya telegrafíé. Arriesgándome a echarlo todo a rodar puse un telegrama al tal Henry Crawles, preguntándole por el representante de nuestros productos que tuve el gusto de enviarle. La respuesta ha llegado esta tarde. Toma, léela.

Era un telegrama breve:

«Henry Crawles fallecido accidente. Stop.
Desconocemos Sam Bascomb. Stop».
«Nancy Crawles».

—¡Diablos!

—Algo así dije yo, Nat. Pregúntate una cosa: cuando alguien no vacila en matar a tu cliente, ¿se atreverá a matarte a ti?

—Aquí dice «accidente».

—¿Y te huele bien?

—No —tuve que admitir—. No me huele nada bien. Y, respondiendo a tu pregunta, te diré que cuando alguien se atreve a matar al tipo que ha contratado a un detective privado, a éste lo despedaza. No quisiera estar en el pellejo de Sam.

—Pues vas a tener que estarlo. Tú y tu maleta saldréis mañana en el primer avión hacia Hong-Kong.

—¡No! Yo, a Tokio. Escucha, Bram: por primera vez en mi vida tengo dos mil dólares. Quizá no vuelva a tenerlos. Quiero gastarlos como te he dicho. Luego, volveré a trabajar contigo. Pero esta vez envía a otro.

—Tú eres el mejor.

—No importa. Quiero ir a Tokio.

—Hong-Kong.

—Tokio.

—Se trata de un compañero, Nat.

—¡Je! Menudo avaro el tal Sam. Un compañero, sí. Pero una vez le pedí diez cochinos dólares y se negó a prestármelos.

—No seas niño, Nat.

—Mira, Bram, si Sam no da señales de vida es que ya ha sucedido todo cuanto podía suceder, ¿no es eso?

—Supongamos que sí. ¿Y qué?

—Que no tenemos ninguna prisa.

—Bueno, eso...

—Mi última palabra, Bram: salgo en barco hacia Tokio, pero me llegaré de un salto a

Hong-Kong

a sacar al pequeño de su apuro.

—Sam Bascomb no es ningún pequeño. Tenía ya más de cuarenta años.

—Todo un pellejo. Hablas de él como si hubiese muerto. Y si así lo crees, ¿para qué darme tanta prisa?

—Hong-Kong, con gastos pagados, tampoco tiene que estar mal.

—¿Te envió el dinero el tal Henry Crawles?

—Claro.

—¿Cuánto?

Cinco mil.

—¡Fiuúu...!

—Yo también silbé. ¿Tomarás el avión, Nat?

—Está bien. Lo tomaré. Pero que conste esto bien claro, Bram: lo hago por ti, no por Sam.

—No hay que ser rencoroso. ¿Qué te pasa ahora?

—Tienes que dejarme dormir en tu casa esta noche.

—Está bien —rió Bram—. Supongo que Eve no tendrá nada que objetar. Anda, vamos. Comerás con nosotros.

—Eso quiere decir que sientes verdadero aprecio por mí, ¿eh?

—Seguro, hombre, seguro.

* * *

Y así es como un tipo como yo comienza a meter el pie en el cepo. Le dicen que

Hong-Kong

con gastos pagados no está mal, lo encandilan; y entre eso y lo que uno calcula que se va a ahorrar viajando por cuenta de otros, la cosa ya no es cepo, sino guillotina.

Tomé el avión.

Y en el avión conocí a Monique.

Monique.

¡Monique...!

Se podría confeccionar un sorprendente mamotreto hablando..., escribiendo de Monique. Pero ya la irán conociendo. Ni siquiera me atrevo a describirla. Se supone que un tipo que, como yo, acostumbra a escribir de vez en cuando alguna cosilla, tiene que ser descriptivo, elocuente, vigoroso en la expresión.

¡Je!

Para que usted se haga una idea, mi amigo, tengo que recurrir a una burda patraña novelística. Vea cómo era Monique: usted tiene formado, pensado, su ideal de tipo de mujer, esa mujer con la que se suele soñar despierto cuando uno se siente romántico; esa mujer que no tiene ni un solo detalle desagradable; esa mujer con la que uno se casaría a los dos segundos y medio de conocerla..., porque los dos primeros se ha quedado turulado. ¿Me explico? Pues así era Monique.

Cuando yo entré en el avión, ella ya estaba hacia el fondo, hacia la parte de popa. Todavía no se había sentado, y pude verla bien. Se sentó cuando yo comenzaba a caminar hacia ella.

Me llegué hasta allí. Y reaccioné muy normalmente. Como lo haría cualquier tipo cuyo cerebro pesase lo suficiente para ser considerado inteligente. Me senté a su lado, le cogí una mano y pregunté:

—¿Quiere casarse conmigo?

No sé por qué tuvo que asombrarse. Se asombró tanto que ni siquiera se acordó de retirar su mano de entre las mías.

Yo insistí:

—Me llamo Nathaniel Robson, tengo veintiocho años, dos mil dólares, y un brillante porvenir como detective privado. ¿Vale?

La reacción de Monique fue lo que verdaderamente hizo que me enamorase de ella. Me miró con fijeza, sonrió levemente y dijo:

—Yo soy Monique.

—Ah.

—Tengo veintitrés años, un presente muy sólido como novelista y alrededor de noventa mil dólares en un Banco seguro. Si me suelta la mano podré rascarme con la debida elegancia la punta de la nariz.

Y lo hizo.

Yo me dije que un individuo tan caradura como yo, lo mejor que podía encontrar para ser feliz era una mujer como Monique.

—¿Y bien?

—Y bien... ¿qué?

—Pues eso —insistí—. ¿Quiere casarse conmigo?

—De momento, no —sonrió—. Pero ¿quién sabe? Insista. Pero no en este momento. Creo que vamos a despegar.

Era cierto. Los Ángeles Airport, comenzó a empequeñecerse. Monique estaba sentada junto a la ventanilla, de modo que tuve que inclinarme un poco por encima de ella para ver el panorama. Era verano, ¿saben? ¡Las mujeres visten tan agradablemente en verano!

—No me diga que quiere tirarse por la ventanilla, señor Robson.

—Pídamelo.

—No, no. Si se sienta no me molestará que usted continúe vivo. Y a este señor tampoco le molestará, si usted le deja sentarse.

Me volví. ¡Maldita sea! Un tipo con cara muy poco prometedora me estaba mirando. Esperaba pacientemente.

Yo le sonreí.

—¿Sería usted tan amable de cederme su asiento? ¡Ha sido tan inesperado el encuentro con mi querida Monique...!

Al decir esto, acaricié un brazo de Monique. El hombre gruñó algo, pero se largó al que supongo debía ser mi asiento, más a proa.

Es usted persuasivo.

—No lo hago mal. ¿Adónde vamos, amor mío?

—A

Hong-Kong.

¿Le parece bien?

Suspiró profundamente.

Y dije:

—Hong-Kong es, precisamente, la ciudad que sueño con visitar hace muchos años. ¿Nos casaremos allí?

Ella volvió a sonreír. Cruzó las piernas, sin ningún embarazo por

mi rapidísima y alerta mirada.

—Déjeme reflexionarlo de aquí a las Hawái.

—Ni un minuto más.

Monique se rió. Por lo visto, yo la divertía. Y no sabía qué pensar de eso.

—Yo también escribo, ¿sabe?

—¿De veras? ¿Sobre qué?

—Sobre asesinatos. Bonito, ¿no?

Ella encogió sus enloquecedores hombros.

—Hay muchas maneras de ganarse la vida.

¡Diablos! ¿Qué habría querido decir?

Hicimos escala en Honolulu. Yo hubiese querido quedarme un par de días allí, para ver bailar el «hula-hula»,

pero... no podía decepcionar a mi amigo Bram. De este modo, cuando reanudamos el viaje hacia

Hong-Kong,

Monique no había conseguido perderme de vista. Lo que siempre he dicho: algunas mujeres tienen una suerte increíble.

Alrededor de las cuatro de la tarde del día trece de julio, avistamos la península de Kowloon, donde tenía que tomar tierra nuestro avión, para desde allí, tras pasar la aduana, salvar el canal que separa dicha península de

Hong-Kong;

mejor dicho, es

Hong-Kong

la que está separada de tierra firme por aquel estrecho de unos ochocientos metros, que se salva en enormes gabarras que permiten incluso el tránsito de coches desde Kowloon a

Hong-Kong

y viceversa. De modo que un tifo se mete en su coche, se llega al embarcadero, y, sin apearse de su cacharro, salva el estrecho. Eso está bien.

Monique dijo:

—Vea: el Victoria Peak. Y a sus pies,

Hong-Kong.

O Hiang-Kiang, como prefiera.

Me embelesé.

—Cuénteme más cosas.

—Hong-Kong es una isla de unos ochenta y tres kilómetros cuadrados. Tiene unos dos millones de habitantes, de los cuales son chinos más del noventa por ciento. Hay alrededor de trece mil ingleses, pues ya debe usted saber que

Hong-Kong

es una colonia británica; el resto del porcentaje no correspondiente a chinos está integrado por indostánicos, portugueses, americanos, alemanes... El puerto es uno de los más importantes del mundo. La ciudad está situada al pie del Victoria Peak, en forma de terrazas; exótica y moderna a la vez. Circulan unos doce mil automóviles, y hay un tranvía eléctrico que tiene un recorrido de unos quince kilómetros...

—¡Cuánto sabe...!

Monique sonrió. Hurgó en su bolso de mano, cogió una de las mías y me colocó en ella uno de esos prospectos que aseguran que

Hong-Kong

es la más exótica e interesante de las ciudades de Oriente.

—Si verdaderamente le interesase

Hong-Kong

tanto como me aseguró, señor Robson, usted tendría una propaganda turística igual que ésta. Se la dan a usted completamente gratis si la pide al obtener el billete. Están advirtiéndonos que debemos colocarnos los cinturones.

No contesté.

El avión tomó tierra sin ningún contratiempo, pero algo me defraudó cuando descendí por la escalerilla: en todas las películas que había visto con escenario en

Hong-Kong

se oía una musiquilla muy sugerente cuando la ciudad aparecía a la vista. Yo no la oí.

Monique y yo fuimos juntos a la aduana.

Aquí fue donde lo eché todo a rodar.

La maleta de ella estaba correcta. La mía, no. Cuando fue abierta aparecieron en primer término las prendas interiores de Gladys —¿habría encontrado ya alguna ropa con que salir del baño?—, colocadas allí de cualquier manera cuando Bram me localizó.

El empleado soltó un respingo, no mayor que el mío. Monique

lanzó una carcajada graciosísima.

—Esto... éste... Bueno, Monique, esto que ve aquí...

Ella reía cada vez más, pero consiguió decir:

—Sé lo que es esto que veo aquí, señor Robson. Pero no me pareció que usted fuese la persona más indicada para viajar con ello.

Yo estaba rojo.

—Déjeme que le explique...

—Otro día, señor Robson, otro día.

—¿Me permitirá visitarla? ¿En qué hotel va a alojarse?

En el Chinoiserie. Es francés, como yo. *Au revoir*.

Cuando me sueltan una mentira demasiado descarada, me duele el estómago: y me dolió en aquella ocasión. Acepté las palabras de Monique y me despedí cortésmente de ella. Naturalmente que no insistí en mis proposiciones matrimoniales. ¡Maldita Gladys!

Lo que sí hice fue salir tras Monique, tomar la misma barcaza que ella en otro taxi, y seguirla por Hong-Kong.

Su taxi se detuvo ante el Victoria Hotel.

Sonreí. Para ser novelista, no me parecía demasiado inteligente.

—Lléveme ahora al Orient Flower Hotel.

Tenía la esperanza de que quizá pudiese solucionar pronto lo de Sam Bascomb y dedicarme de lleno a Monique.

No pudo ser.

Cuando pregunté por Sam Bascomb, el tipo del *comptoir* lanzó una rápida mirada hacia otro tipo sentado en uno de esos sillones de junco. El hombre se levantó y vino hacia nosotros.

—Este señor ha preguntado por Sam Bascomb.

—Cierto —asentí—. Es amigo mío. Espero que no haya sucedido nada desagradable.

—Ha aparecido en la playa, cerca de Kowloon, muerto. ¿Sería tan amable de acompañarme para identificarlo? Policía.

Lo había supuesto, claro.

—Estoy a sus órdenes —dije.

CAPÍTULO II

IDENTIFICO UN CADÁVER

Conseguí contener mi sonrisa cuando vi las rollizas piernas del inspector Richard Warren. Estaba precioso con su uniforme de pantalón corto.

Debió captar mi esfuerzo, porque inmediatamente pasó al asunto, evitándome así continuar pensando en sus piernas.

—Bien, señor Robson. ¿Cree que podrá identificarlo?

—Seguro, inspector.

—No se sienta tan seguro. Está totalmente irreconocible. Ni siquiera hemos podido obtener sus huellas dactilares para comprobar si correspondían a las halladas en su habitación del hotel.

—¿Cómo es eso?

—Se le cayeron los guantes.

—¿Que se le cayeron los guan...?

De pronto comprendí. Cuando un cadáver ha estado tiempo en el agua, la piel se separa y, en muchos casos, sale de la mano como si de un guante se tratase; en estas condiciones no se pueden obtener ninguna clase de huellas.

—Veo que me ha comprendido.

—Sí, desde luego. ¿Se ahogó?

Richard Warren me miró fijamente.

—No. No había apenas agua en sus pulmones. Usted sabe que un cadáver no puede ahogarse al ser arrojado al agua. A Sam Bascomb lo mataron de dos balazos en el pecho; luego, lo tiraron al mar. Seguramente en el propio

Hong-Kong.

No quiere decir absolutamente nada que su cuerpo haya aparecido en la playa de Kowloon.

—Por supuesto. ¿Cómo han logrado saber que se trataba de él si no han podido tomarle las huellas?

Por algunos objetos y papeles. Llevaba también una medalla en la cartera, obtenida durante la guerra de Corea. Además, lo que nos dio la mejor pista fue la llave de su habitación en el Oriení Flower Hotel. De esta llave cuelga una plaquita metálica con el nombre del hotel y el número de la habitación a que pertenece.

—Comprendo. Y ustedes se apresuraron a apostar allí a un hombre.

—Cobramos para hacer estas cosas —sonrió Warren—. ¿Quiere acompañarnos?

Nos trasladamos en un coche policial. Ir en coche por Hong-Kong

es una experiencia que demuestra la clase de nervios que tiene uno. Monique me había dicho que rodaban más de doce mil automóviles. Lo que no me había dicho era el mayor número de bicicletas y motocicletas, y la apresurada —unos pocos— y apática —muchos— población que callejea.

Pese a todo, conseguimos llegar al depósito.

Me mordí los labios cuando vi el cadáver. Aquel cuerpo lo mismo podía pertenecer a Sam Bascomb que a su tía. Negro, rehinchado, con los labios muy abultados, los ojos todavía más; la córnea parecía diluida en un repelente tono gris; saltaban algunos trozos de piel, y tal como asegurara el inspector Warren, se le habían caído los «guantes».

—¿Lo encontraron así, desnudo?

—No. Hemos tenido que desnudarlo para proceder a la autopsia e identificación.

—¿Qué dice la autopsia?

—De momento sólo que murió de dos balazos; y tal como está este cuerpo dudo que puedan decirnos mucha cosa. ¿Es él?

Me rasqué el cogote.

—Pues... Bueno, francamente, no esperaba que estuviese así. ¿Se sabe cuánto tiempo ha estado en el agua?

—Aproximadamente, diez días.

—¿En ese tiempo se ha operado tanto cambio y tanta hinchazón?

—En

Hong-Kong,

sí señor Robson. No olvide este clima.

—Sí, claro... Bueno, si el cuerpo ha estado unos diez días en el agua, eso quiere decir que lo mataron sobre los días tres, cuatro o cinco; digamos un par de días después de llegar de Los Ángeles. Eso quiere decir que Sam descubrió algo.

—¿Cree que podrá darnos alguna pista?

—De momento, no. Lo lamento. No estoy autorizado... todavía.

El inspector Warren torció el gesto.

Esperemos que lo esté pronto. Usted se ha identificado como Nathaniel Robson, detective privado de la Holden's

Privates Investigations Agency, de Los Ángeles. Y lleva documentos que parecen probarlo. No se vaya de

Hong-Kong

antes de un día, señor Robson.

—Comprendo —sonreí—. Espero que Bram no reniegue de mí. En cuanto a la identificación de Sam, he estado pensando... ¡sí, seguro! Más de una vez nos habló de cómo una herida le valió una medalla. La medalla que le encontraron, claro...

—¿Una herida? ¿Dónde?

—Creo... Seguro: en la espalda. Como un palmo más arriba de la región lumbar... Recuerdo que todavía tenía trastornos algunas veces.

El inspector Warren había dado vuelta cuidadosamente al cadáver, colocándolo de perfil.

—Aquí no hay ninguna herida, señor Robson.

—Quizá yo la encuentre. Claro que en un cuerpo en este estado... Pero yo tampoco pude ver ninguna herida; ni una sola cicatriz.

—Sargento Chan —ordenó Warren—, vaya a buscar al doctor Hold.

—Sí, señor.

El doctor Hold estuvo durante más de quince minutos examinando el cuerpo pulgada a pulgada. Cuando lo oímos suspirar

a él, nosotros contuvimos el aliento.

—¿Qué, doctor?

—Este hombre jamás tuvo ninguna cicatriz en la espalda. He buscado concienzudamente, pese a saber que no iba a encontrarla, ya que la de apendicetomía destaca lo suficiente para darnos la idea de que las cicatrices tendrían que estar a la vista; todas cuantas hubiera.

—Parece lo lógico —asintió Warren; se volvió hacia mí—. ¿Qué dice usted, señor Robson?

—Sólo esto: si ese cadáver no tiene una respetable cicatriz en la espalda... no se trata de Sam Bascomb.

—Bien..., ¿entonces quién diablos es?

Tuve que morderme la lengua. No me las quiero dar de listo, pero en aquel momento estuve a punto de pronunciar un nombre que luego resultaría acertado. Ni siquiera sé por qué se me ocurrió. Digamos, y espero quedar bien, que fue el instinto de investigador, uno de esos campanillazos de aviso que suena en la cabeza de los tipos que... ejem... no somos corrientes dentro de una actividad.

—¿Iba a decir algo?

Que no se me ocurre quién puede ser. He llegado esta misma mañana a

Hong-Kong,

como bien sabe, inspector. Por lo hablado antes, he sacado la impresión de que este cadáver fue hallado no hace mucho. ¿Me equivoco?

—Fue hallado esta mañana. ¿Podemos llevarle a algún sitio, señor Robson?

—No, gracias. Espero poder arreglármelas yo solo. Hasta la vista, inspector.

Richard Warren me acompañó hasta la salida. Atardecía ya. La noche llegaría pronto. Fuera, estaba el coche, con dos hombres blancos sentados en el asiento trasero. No vi la seña que debió hacerles el inspector Warren, pero sí capté su leve gesto de asentimiento, desde dentro del coche. Sería seguido.

¿Y qué?

Vi algunas *rickshas* allí delante. Hice una señal al chino que me pareció más fuerte, y éste vino hacia mí a toda velocidad.

—¿Adonde, señor?

—¿Hablas inglés?

—Clalo, señol.

—Comienza a andar. Te iré dando instrucciones por el camino.

—Sí, señol.

Subí al vehículo, el chino tiró vigorosamente de él. Con la máxima discreción, volví la cabeza. Muy bien: los dos hombres a las órdenes del inspector Warren estaban cometiendo su primer error: seguir en coche a un tipo como yo por las calles de Hong-Kong.

Al tiempo que volvía de nuevo la cabeza hacia el frente, vi a dos chinos que tomaban sendas *rickshas* del mismo lugar en que había estado la que me llevaba a mí. Aquellos tipos sabían andar por Hong-Kong,

seguro, y no los de la policía inglesa. Cuestión de costumbres. Por cierto, no se iba mal en *ricksha*.

—¿Cómo te llamas? Ve despacio, de momento.

—Sí, señol. Me llamo Fu Tse, señol.

—Muy bien. ¿Quieres ganarte diez dólares, Fu Tse?

—Pol diez dólares

Hong-Kong,

Fu Tse halá lo que sea, señol.

—Llévame hacia donde te parezca con tal de que no pueda entrar por allí un coche.

—Sí, señol.

—Los diez dólares serán americanos, Fu Tse. No dólares

Hong-Kong.

El chino estuvo a punto de tirarme cuando detuvo tan bruscamente el servil vehículo^[2].

—¡Pelo, señol...!

—Se acabó la charla. Adelante.

—¡Sí, señol!

Las energías de Fu Tse me recordaron las de esos caballos que ganan carreras a base de drogas. Los dólares también debían ser una aceptable droga.

Fu Tse lo hizo bien. En determinado punto, los hombres del inspector Warren tuvieron que apearse del coche e intentaron seguirme a pie, dado que no había ninguna *rickshas* por allí.

—¿Puedes correr un poco más, Fu Tse?

—¡Sí, señor!

Podía.

Pero, naturalmente, los dos policías ingleses podían correr más y mejor que él. De pronto, Fu Tse se metió por una puerta de buen tamaño que apareció ante nosotros al doblar una calle. Ya casi era completamente de noche.

—¿Qué haces?

—Nosotlos despistal aquí a la policía, señor.

¡Vaya con el chinito! Permanecí silencioso, esperando. Un olor casi nauseabundo comenzó a irritar mi sensibilidad olfatoria.

—¿Dónde estamos? —susurré.

Fu Tse rió.

—En mi casa, señor.

¡Dios, su casa! Luego, descubrí que era una casucha vieja del extremo chino de

Hong-Kong,

lejos de la parte de los rascacielos, de los bazares elegantes que vendían *fine jade*, abanicos, estatuillas, mariposas disecadas, farolillos, poemas falsos, sombrero de paja de arroz y cien curiosidades más. En la parte moderna de

Hong-Kong

había enormes edificios, grandes establecimientos bancarios y comerciales, *night-clubs*...

Allí sólo había oscuridad y mal olor, cada vez más intenso.

—¿Aquí vives tú?

—Aquí duermo, señor. Con doce compañelos más. Nos coblan poco, señor.

Me estremecí.

—¿Quiele que salgamos ya, señor?

—¿Cómo sabes que quienes nos seguían eran de la policía?

—Los conozco.

—Pero tú has ayudado a huir a un hombre que quizá debería estar preso, ¿no crees?

—Quizá sí, señor. Pelo la policía no me dalá diez dólales amelicanos.

—Desde luego. Salgamos ya.

Mis pensamientos de que el inspector Warren no podría saber todavía que la persona relacionada con mi agencia había sido Henry

Crawles, ya que no podrían seguirme aquella noche a visitar a su familia, se vieron truncados por los dos cuerpos que se lanzaron contra mí, apenas la *ricksha* apareció en la oscura calleja.

Llevaban cuchillos, y Fu Tse se largó de allí, tras soltar su «coche», a una velocidad de verdadero *recordman*. Creo que fue el traqueteo del tan bruscamente abandonado vehículo lo que impidió que la primera cuchillada me degollase.

Confusamente, vi dos *rickshas* que se alejaban de allí a buena marcha. Sin pararme o diferirlo, me dije que aquellos dos tipos tenían que ser los mismos que habían tomado sendas *rickshas* después que yo. ¿Por qué me habían seguido y por qué querían matarme?

Mientras pensaba esto, ya había despellejado mis nudillos contra los dientes del chinito de la primera cuchillada, Saltó hacia atrás aparatosamente, sin un grito, sin una exclamación.

El otro clavó el cuchillo en la liviana *ricksha*, al apartarme yo afortunadamente. Le así de la muñeca y salté al suelo, haciendo torsión en mi presa.

No sé lo que debió hacer el chinito. El caso es que cuando quise darme cuenta, estaba acuchillado delante de mí, tras haber seguido de buen grado la torsión a que le obligaba. De pronto, noté un fuerte dolor en el estómago, me sentí izado extrañamente y supe que estaba volando.

Fue un batacazo de esos que aniquilan a un tipo, aunque sea más fuerte que yo, si no se dice a sí mismo que la lucha es a muerte, y que hay que sacar fuerzas de flaqueza.

El chinito de los dientes rotos se acercaba a mí con el puñal en la mano: lo hacía por la derecha, mientras el otro, tras recuperarlo de sobre la *rickshas*, se iba hacia el otro lado.

—Esperen, muchachos. Si lo que quieren es mi dinero, no es necesario...

De pronto, me dije que quizá el tal Fu Tse fuese un cómplice de tipos como aquéllos. Eso me enfureció, y cuando el chinito mellado se echó encima mío, le sacudí un badajazo en el estómago que le hizo vibrar las tripas. Lo dejé doblado sobre sí mismo, para atender al otro, que también llevaba malas intenciones.

Sentí el frío del acero en el brazo izquierdo casi al mismo tiempo que mi pie daba donde yo había querido dar. Al chino no debió

gustarle, porque se quejó. Quise derribarlo de un puñetazo en la sien, pero él también tenía reservas, y su mano derecha, de canto, cayó sobre la base de mi nariz con tal fuerza que mis ojos se llenaron de lágrimas y mis rodillas se doblaron.

Y justo cuando tocaban el suelo, una rodilla del chinito me dio otra vez en la nariz, derribándome cara arriba. Alcé un poco la cabeza y la sacudí. Por milagro, vi venir el pie del chinito. Conseguí esquivarlo con la cara y atraparlo con ambas manos.

Tiré bruscamente hacia arriba, y el chinito se hubiera hecho pedazos la cabeza contra el suelo de no haber tenido el acierto de girarse lo suficiente para caer con las manos por delante. De todos modos, pude desembarazarme de él de dos puntapiés en los riñones y uno en la mandíbula.

Ni siquiera pude ver cómo rodaba calleja abajo, ya que el otro, superada la vibración que le había producido mi badajazo en el estómago, pasó de nuevo al ataque.

—¡Y dale con el cuchillito...!

Agarré la muñeca correspondiente a la mano armada, manteniéndola en alto. El chinito sabía malas mañas, porque su rodilla buscó mi entrepierna, no tuve más que dar un paso de tango y el golpe lo recibí en la parte exterior del muslo izquierdo.

Por mi parte le solté tal tortazo al chinito que noté la sangre de sus reventados labios en mis nudillos. Siempre manteniendo en alto su mano derecha con mi izquierda, mi derecha se hundió un par de veces en su estómago, doblándolo; cuando quiso protegerse esa parte del cuerpo, le solté un directo al mentón que decidió la pelea de un modo definitivo.

Por supuesto que había aparecido gente. Pero nadie decía nada. Me pregunté si les habría hecho gracia a que un blanco aporrease a dos chinos, aunque éstos fuesen vestidos a la europea.

Por lo visto había recibido más golpes de los que creyera durante la pelea, ya que me ardía la cara y las orejas; especialmente, notaba un intensísimo dolor en la nariz.

—¿Qué hago ahora?

Fu Tse apareció ante mí.

—¿Nos vamos ya, señor? La policía vendrá enseguida.

Logré salir de mi asombro.

—¿Dónde estabas?

—Milando pelea, señol, desde sitio pludente. Los policías que le seguían están pol aquí, señol. ¿Vámonos?

—Está bien; sácame de este maldito dédalo de malditas calles. Espero que la policía se hará cargo de mis dos amigos. Será interesante saber...

Fu Tse trotaba ya lejos de su casa, y yo seguí con mis pensamientos. Llegué a la conclusión de que los dos chinos habían estado cerca del Orient Flower Hotel esperando la aparición de alguien relacionado con el cadáver que se decía correspondiente a Sam Bascomb. Luego, me habían seguido hasta la Prefectura, posteriormente hasta el depósito, y sólo me atacaron cuando supieron que tendría que valérmelas solo, después de despistar a la policía.

—No entiendo nada de nada. ¡Al diablo todo!

Fu Tse se detuvo al principio de una avenida: había cambiado el decorado: calles más amplias, iluminadas...

—¿Adonde ahola, señol?

Lo miré hoscamente.

—Creo que sólo te has ganado cinco dólares, Fu Tse.

—Usted manda, señol.

—¿No te importa que te rebaje cinco dólares de la cantidad que te prometí?

—Mejol cinco dólales vivo, que diez dólales muelto, señol.

—No eres muy valiente, ¿eh?

Fu Tse sonrió.

—No, señol.

Me arrellané en el vehículo. Resultaba obvio que no podía presentarme en aquellos momentos ante el inspector Warren. Tampoco podía aparecer por el Orient Flower Hotel, lugar donde había pensado alojarme a la expectativa de los acontecimientos; en cambio, necesitaba mi maleta si quería adecentarme... ¿Qué hacer?

—Llévame al Victoria Hotel, Fu.

—Sí, señol.

Quince minutos más tarde, Fu Tse se detenía ante el mencionado hotel. Me apeé, mirando hacia el edificio; tenía más de ocho pisos, y debía ser relativamente importante... y caro.

De todos modos, yo ya tenía tomada una resolución.

—¿Cuánto ganas cada día con la *ricksha*, Fu?

—Depende, señol. Días mucho, días poco.

—¿Estarías únicamente a mi servicio mientras yo permanezca en Hong-Kong, si te pagase diez dólares diarios?

—¡Sí, señol!

—Contratado. ¿Eres honrado?

—Unas veces, sí, otras no, señol. Con usted selé honrado.

—Aquí tienes cien dólares americanos. Vas a comprar algunas cosas. Espero que no tenga que buscarte por todo

Hong-Kong

por cien cochinos dólares.

—No cochinos cien dólares, señol. No tendlá que buscalme pol todo

Hong-Kong,

señol.

—Eres el coolie más simpático que he visto en mi vida, Fu. Ven conmigo ahora; te iré diciendo...

Cierto. Fu Tse era el más simpático de cuantos *cooliss* había visto en mi vida. El más simpático... y el único.

* * *

Oí la puerta de la *suite* cuando todavía estaba en la bañera. Monique llegaba tarareando no sé qué de París y las hojas del otoño. De pronto, se calló.

Yo sonreí, y comencé a silbar la canción base de aquella placa que había visto sobre una mesita al entrar en la *suite* de Monique. La canción se titulaba *Sweet, sweet love...*

Dulce, dulce amor...

Monique apareció en la puerta del cuarto de baño. Me miró como si yo fuese uno de esos seres raros que pintan en las portadas de las novelas de ciencia-ficción.

—Hola, Monique.

—¡Señor Robson! ¿Qué... cómo... qué hace aquí?

—Dándome un buen baño. Lo necesitaba.

—Pe... pero... éste es mi aparta... ésta es mi *suite*.

—Ajajá. No me mire tanto. No va a ver nada...

Monique se sonrojó; inmediatamente, dejó de mirarme.

—¿Habrá alguna explicación para esto, señor Robson? Su... descaro es... es... Creo que voy a llamar a conserjería. Usted... usted me pareció un hombre simpático, pero...

—¿No le está dando demasiada importancia, Monique?

—¿Demasiada importancia? Supóngase que yo me dirijo directamente al dormitorio, me desnudo y vengo a ducharme o a bañarme. ¿Qué cree que hubiese pasado?

—Eso lo sabemos los dos...

—¡Salga ahora mismo de aquí!

—Como quiera...

Comencé a levantarme de la bañera, pero Monique lanzó un grito.

—¡No! Espere, tenga...

Me tendió un albornoz suyo. Tuvo que acercarse más a mí, y entonces me vio mejor la cara. Se quedó atónita, sin saber qué decir.

—Bonito aspecto, ¿eh? —me lamenté.

—¿Qué le ha pasado? —No pudo evitar preguntarme.

—Salga del cuarto de baño, Monique, y prepáreme algo de beber. Le contaré lo sucedido.

—¿Se da cuenta, señor Robson, del apuro en que me colocaría si alguien llegase ahora a mi *suite*?

—Ni mucho menos. Todos saben que soy tu marido.

—¿Eh...?

—Espera fuera, cariño. A lo que sea que me prepares, ponle hielo.

Monique obedeció. Supongo que llegó a la conclusión de que aquella absurda situación se prolongaría más cuanto más se charlase en el cuarto de baño.

Pese a su desconcierto, Monique sonrió cuando me vio aparecer envuelto en su albornoz.

—Estoy precioso, ¿no?

—Mucho. *Whisky* con hielo. ¿Está bien?

—Da lo mismo, sí.

El albornoz me llegaba poco más abajo de las rodillas, y, desde luego, no había podido ponérmelo correctamente, pues mis brazos no entraban en las mangas; lo llevaba, pues, echado sobre los hombros y atado a la cintura, de modo que sólo podía asomar uno

de mis brazos por la abertura del pecho si quería que la prenda continuase sobre mi cuerpo.

Saqué una mano, tomé el vaso que me tendía Monique, y me tumbé en el diván.

—¿Y bien, señor Robson?

—Quieren matarme. Sí, de verdad. ¿Ve mi cara? Me la han puesto así dos chinos que querían degollarme. No sabían con quién se las estaban viendo, claro. Perdona la fanfarronada, pero es que, realmente, soy un hueso muy duro de roer.

—Empiezo a temerlo. Lamento sinceramente sus percances, señor Robson, pero todavía no comprendo qué tiene que ver eso con su presencia en mi *suite*... en mi bañera.

—No podía ir a mi hotel. Quizá estuviese vigilado. Tampoco podía presentarme a la policía, porque no me interesa que me tenga localizado... —¿Por qué?

—Porque tengo que hacer esta noche algunas cosillas de índole particular. De modo que me dije que la única persona en Hong-Kong que podía ayudarme era usted.

—¿Yo?

—Claro. ¿Le molestaría ser mi esposa?

—Lo que empieza a molestarme es que alargue usted tanto la broma del casamiento.

—Nunca ha sido broma, Monique. Pero ahora estoy hablando más en serio que nunca: ¿quiere ser mi esposa por esta noche?

Monique volvió a enrojecer, pero creo que esta vez fue de indignación. Comprendí que ella había interpretado mis palabras de la peor manera, y la detuve por un brazo, tras saltar precipitadamente hacia ella. Mi mano quedó sobre la suya, ambas sobre el teléfono.

—Me he expresado mal, Monique —sonreí—. Lo que le pido es que esta noche me acompañe a algunas visitas como si fuese mi esposa. Verá: es más que posible que algunas personas estén esperando la visita o la intromisión de un detective privado. En cambio, no esperan la visita de un matrimonio. A nadie se le ocurrirá que un detective privado se presente en Hong-Kong acompañado de su esposa para dedicarse a ciertas investigaciones.

—Es decir, que yo le ayudaré a... digamos ocultar su personalidad.

—Exacto. Uno de nuestros hombres salió hace un par de semanas de Los Ángeles llamado por un tal Henry Crawles, residente en

Hong-Kong,

suponemos. Tras varios días sin noticias de nuestro hombre, mi jefe me envía a mí aquí, a ver si me entero de algo. Lo primero que se me comunica es la muerte de nuestro hombre, Sam Bascomb. La policía me lleva a ver su cadáver, esperando que yo lo identifique. Y lo hago, pese a las dificultades. Lo hago tan bien, que descubro que el cadáver no pertenece a Sam Bascomb, pese a que le han vestido con sus ropas, confeccionadas en América, y le han puesto todos sus documentos y objetos. Sin olvidar la llave de su habitación en el Orient Flower Hotel, que es lo que da la pista definitiva respecto a la personalidad del muerto. Si el muerto hubiese sido Bascomb, yo podría pensar que Henry Crawles lo hizo llamar porque necesitaba disponer de un cadáver, de un hombre cuya ausencia no hubiese causado en

Hong-Kong

más que superficiales investigaciones. Pero el muerto no es Sam Bascomb, sino otro.

—¿Quién?

—Se lo diré más tarde. Bien, ahora ya está enterada de todo.

—Se ha precipitado. No había dicho que aceptase.

El mundo es de los audaces, ¿no? Alargué mi único brazo libre, tomé a Monique por la cintura y la besé en los labios, brevemente.

—Gracias, mi amor. Sabía que aceptarías...

La bofetada que me atizó Monique debió oírse incluso en Los Ángeles.

—Lamento haberme equivocado.

—Se equivocó en lo del beso, señor Robson. Por lo demás, sepa que voy a ayudarle. ¿Cómo supo encontrarme en una ciudad como Hong-Kong?

Le dije que me alojaría en el Chinoiserie, ¿no?

—Usted olvidó que yo soy detective.

—Me siguió, ¿eh?

—Exacto.

—¿Y cómo es posible que le haya encontrado, no ya en el hotel, sino en mi *suite*, en mi propio cuarto de baño?

—El dios dólar. El recepcionista se creyó la historia cuando le di algún dinero.

—¿Qué historia?

—Que usted era mi esposa, que no me esperaba hasta mañana, y que yo, para darle una sorpresa, había venido de los terrenos concesionales esta misma noche. Pero había tenido un accidente, y, como no quería preocuparla, no deseaba supiera que estaba aquí hasta que me hubiese adecentado un poco.

—¿Y se lo creyeron?

—Estoy aquí, ¿no?

—Sí, estás aquí... esposo mío...

Monique me echó los brazos al cuello y pegó su boca a la mía. Yo la dejé hacer. ¡Dios! Tenía que casarme con ella. Tenía que hacerlo enseguida, pronto...

Cuando ella se separó de mí, le solté una bofetada que la dejó sentada en el diván.

—¡Oh!

—¿*Whisky*, cariño?

—¡Pero...!

Le tendí el vaso y me senté a su lado.

—Cada uno es como es, cariño —dije—. Y yo soy así. ¿Qué le vamos a hacer? Bebe.

Su mano temblaba ligeramente cuando se llevó el vaso a los labios. Bebió sin dejar de mirarme con sus llameantes ojazos. Cuando separó el vaso de su boca, se lo quité de la mano y lo coloqué sobre la mesilla de centro.

Monique me miraba fijamente, entreabiertos sus labios todavía húmedos de *whisky* con hielo.

Susurró:

—No..., no creí que mi broma le disgustase.

—Me disgustó. No me gusta que me besen en broma. No, Monique, no me gusta. Yo nunca beso en broma.

Ella no contestó. Me pareció que sus labios eran los más hermosos del mundo. Y me dije que sólo un imbécil podía estar delante de Monique en tales circunstancias sin besarla.

Evitando tocarla, me incliné sobre ella. No se apartó. Una

desconocida dulzura me dio la impresión de hacerme flotar en un mundo irreal. Al separar nuestros labios, Monique suspiró y se recostó en mi pecho.

Yo también suspiré.

Una vez más, el fantástico Nathaniel Robson, un tipo aventurero, ganaba una importante partida.

La llamada a la puerta medio minuto después fue como la nota aguda que quiebra cristales finos. Monique se separó de mí, me pareció que con no poco disgusto, y abrió la puerta.

—Fu Tse quiele vel al señol Lobson.

Me puse en pie.

—Pasa, Fu. ¿Lo traes todo?

—Sí, señol.

El coolie había entrado en la *suite*. Me entregó el gran paquete y se quedó mirando inexpressivamente a Monique.

—Tú. ¿Qué miras?

—La más helmosa flol de

Hong-Kong.

—Entonces, pon otra cara —reí—. Te presento a mi esposa. Fu. Si ella te pide algo tienes que obedecerla antes que a mí, ¿comprendido?

—Sí, señol.

—Me ha rogado que en lugar de diez dólares por día te de veinte.

Fu Tse no se inmutó, pero dijo:

—La más helmosa flol de China.

Monique y yo nos echamos a reír.

—¿Cuánto crees que nos costaría conseguir que dijese que es «la más helmosa flol del mundo»?

—Fu Tse no decil eso pol dinelo. Fu Tse tiene delicadeza.

—Lo que Fu Tse tiene es necesidad de un baño. Métete ahí dentro con el traje que te has comprado y no quiero que salgas hasta que se te vea bien lo amarillo.

—Sí, señol.

El coolie se metió en el cuarto de baño.

Monique se abrazó a mi cintura.

—¿Eres uno de esos hombres que hacen genialidades, Nathaniel?

—¿Lo dudas?

Monique se sonrojó levemente.

—No —suspiró—. No lo dudo.

La besé en los labios. Cuando recobré el sentido, vi la sonriente cara de Fu Tse asomando por la entreabierta puerta del baño.

—Señol Lobson: ¿Con qué se secalá Fu?

—Con... —Me contuve—. Consíguele una toalla, Monique.

Ella lo hizo, y cuando regresó junto a mí, le expliqué:

—Fu Tse es un chico inteligente.

—Es un *coolie*, Nathaniel.

—Pero es inteligente. Me aseguré antes que había estudiado no sé qué. Pero que la vida es difícil en Hong-Kong.

Está ahorrando centavo a centavo para comprarse un taxi.

—Si verdaderamente lo va a hacer centavo a centavo, me temo que no vivirá tanto.

—¿Quién sabe? Ahora verás: ¡Fu!

Dejamos de oír el ruido del agua. Casi inmediatamente, la puerta del baño se entreabrió.

—Le obedezco, señol Lobson.

—Oye: ¿cuánto ha costado toda la ropa..., la tuya y la mía?

—Cien dólales amelicanos, señol.

—¿Justos?

—Menos tleinta centavos, señol.

—Está bien.

Fu Tse reanudó su baño. Monique dijo:

—Te ha mentido. Esta ropa no vale cien dólares menos treinta centavos.

—Ya lo supongo. Y ésta es una de las razones por las que he deducido que Fu Tse tendrá su taxi algún día no muy lejano.

—Pero... ¡te está robando!

—A mí, no. Paga un cadáver.

—¿Qué... qué dices?

—No me hagas caso. Es otra de mis genialidades. ¿Te gusta mi *smoking*? Dejaremos aquí estas ropas que Fu se llevó para que en la tienda vieses cuál era mi medida. Vístete, Monique. De noche. Vamos a ir a una casa en la que, supongo, lo que menos falta es dinero.

—¿A casa de ese cliente que pidió uno de vuestros hombres?

—Ajá. Un hombre, Monique, que falleció en trágico accidente. Y me apostaría tu amor a que el accidente ocurrió alrededor del día cuatro. Justamente el día en que tiraron al mar el cadáver del hombre que se nos ha intentado hacer creer que es Sam Bascomb.

—No entiendo una palabra.

—En cambio, estoy seguro de que alguien de la casa que vamos a visitar sabe demasiado de todo...

CAPÍTULO III

OTRO TELEGRAMA

Fu Tse nos guió hasta una casa que alquilaba coches. Tomamos uno negro, no demasiado grande, y descapotable. Fu Tse se puso al volante, y, conocedor de

Hong-Kong

y sus alrededores, nos llevó a la finca de los Crawles, tras escuchar la dirección que me diera Bram Holden.

Estaba sita en la zona residencial blanca, al extremo opuesto del barrio chino de la ciudad y a unos cuatro kilómetros de ésta. Era una casa grande, blanca, con muchas columnas en la parte frontal, amplias ventanas veladas por visillos... No habían notas chinas en su arquitectura; ni una sola, y el porche sostenido por las blancas columnas era espacioso.

El coche se detuvo allí delante.

Fu Tse, bien aprendido su nuevo empleo, se apresuró a descender y abrirnos la portezuela.

—No te muevas del coche, Fu. Espero que no te lo dejes robar.

—No hablará ladrones por aquí, señor.

—¿Qué harías si alguien te atacase?

—¡Luchal!

—¿De veras? No me pareció antes que fueses capaz de hacerlo.

—No sabía si valía la pena aliesgarse por usted, señor Lobson.

—¿Y ahora?

—Me quedaré en el coche. Cuando salgan, estalá aquí.

—Hum.

Monique y yo nos dirigimos a la puerta. Se abrió apenas

habíamos llamado, con lo cual quedó demostrado que nos habían visto ya, o, por lo menos, oído al llegar con el coche.

Era un chino que me pareció casi viejo, muy pulcro con su chaquetilla blanca de doméstico.

—Queremos ver a la señora Nancy Crawles.

Eso era todo lo que Bram y yo sabíamos. Lo mismo podía ser la hermana, y por tanto ser señorita en lugar de señora, que, efectivamente, ser la esposa de Henry Crawles, como nosotros creíamos.

—La señora Crawles no recibe visitas, señores... a esta hora.

—¡Oh, lo sabemos! Somos amigos del señor Crawles... Es decir, lo éramos. Precisamente estamos aquí porque nos hemos enterado hace un par de días del accidente. Nos vamos mañana de Hong-Kong, y...

—¿Su nombre, señor?

No vi ningún motivo por el que debiese ocultar mi verdadero nombre, ya que nadie debía saber los propósitos de Bram y míos, de modo que dije:

—Nathaniel Robson y señora.

Nos hizo esperar en el vestíbulo, grande, con una hermosa araña pendiente del techo. Yo pensaba que quizá alguien debía saber mi nombre e intenciones de mi viaje a Hong-Kong.

Aunque lo más probable era que el ataque de los dos chinos armados de cuchillos fuese debido, no al conocimiento de mi personalidad, sino al hecho de haberme visto con la policía, interviniendo en el asunto del falso cadáver de Sam Bascomb...

—Buenas noches.

Me volví sobresaltado. ¿Aquella era la mujer de Henry Crawles? Buen gusto había tenido el hombre... Joven y bonita...

—Buenas noches, señora Crawles. Mi esposa: Monique.

—¿Quieren pasar, por favor?

Nos habíamos estrechado las manos, y la hermosa mujer nos condujo hacia una pequeña salita situada a mano izquierda del gran vestíbulo. Yo había oído murmullo de voces hacia el fondo de la casa.

Todavía no conocía la edad ni datos personales de Henry

Crawles, pero ya en aquellos momentos hubiese jurado que tenía que ser un hombre de unos cuarenta y cinco años, robusto, de mediana estatura. Es decir, que si mis suposiciones no fallaban, le había llevado nada menos que veinte años por lo menos a su bella esposa.

Cuando hubimos entrado en la salita, Nancy Crawles cerró la puerta, quedando apoyada en ésta. Lanzó una discreta risita, pero mi asombro fue todavía mayor cuando dijo:

—¿Cree acertado tener con usted a su esposa en estas circunstancias, y en

Hong-Kong

además, señor Robson?

—Bien..., no comprendo... Realmente, señora Crawles...

—Permítame un momento, por favor.

Se dirigió a un pequeño buró adosado a la pared, abrió la persiana y vino hacia mí con un papel que me pareció que sólo podía ser un telegrama.

—Lo he recibido esta mañana —dijo, tendiéndomelo.

—Con su permiso...

«Lamento infortunado accidente. *Stop*. Nathaniel Robson, mi mejor nombre, sale

Hong-Kong

vuelo 609. *Stop*. Le ruego le proporcione las máximas facilidades. *Stop*. Nat lo resolverá todo. *Stop*.

Respetuosamente,

»*Bram Holden*«.

Levanté la cabeza tras algunos segundos de mantenerla pensativamente baja. Nancy Crawles me estaba mirando con fijeza.

—Lo que no comprendo, señor Robson, es a qué se refiere el señor Bram Holden cuando dice que usted lo resolverá «todo».

El maldito Bram debió advertirme que pondría sobre aviso a la mujer de Henry Crawles. Bueno, Bram tenía algo muy bueno: sabía apreciar lo que valía exactamente cada uno de sus hombres.

—Pues a todo, señora Crawles.

—Ustedes buscan a un tal Sam Bascomb, según el anterior

telegrama del señor Holden. ¿A eso llaman ustedes «todo»?

—No, por supuesto.

—¿Entonces...?

Monique miraba curiosamente a la mujer. Fui un estúpido al no darme cuenta entonces de lo que ella había apreciado supongo que a primera vista. Yo tenía otras cosas en qué pensar que fijarme en el incipiente grosor de cintura de la señora Crawles. Por otra parte y en mi descargo, debo decir que había que estar sobre aviso para darse cuenta de que el hijo de Henry Crawles nacería huérfano de padre.

—¿Quién recibió este telegrama, señora Crawles?

—Yo, por supuesto.

—No, no. No pregunto quién lo abrió, sino quién lo recibió.

—El criado, supongo.

—¿Se lo llevó a usted enseguida?

—No. Estaba en la bandeja con el resto de la correspondencia.

—¿De modo que no fue usted la primera en verlo?

Es posible que no, desde luego. Pero si está intentando decir que alguien lo leyó antes que yo, se equivoca. Estaba cerrado cuando lo cogí de la bandeja.

—Hay individuos, señora Crawles, que son capaces de abrir cajas fuertes. ¿Le parece extraño que se pueda abrir un telegrama?

Nancy Crawles palideció levemente.

—¿Qué quiere decir?

—Esta noche, dos chinos armados de cuchillos quisieron matarme. Hasta ver el telegrama, he pensado muchas cosas. Ahora sé a qué atenerme. Alguien de esta casa abrió el telegrama antes que usted, lo leyó y lo volvió a cerrar. Supo que yo iría, apenas llegado, al Orient Flower Hotel, donde se había alojado Sam Bascomb, y envió a dos hombres para matarme. Dos chinos vestidos a la europea. ¿No se ha dado cuenta de los desperfectos de mi cara?

—Pues sí, claro... pero...

—Permítame, señora Crawles. La persona que envió a esos dos hombres a matarme, lo hizo con un bien definido motivo. Esta mañana, apareció en la playa de Kowloon el cadáver de un hombre que, según todos los indicios identificativos, se llamaba Sam Bascomb, americano, ex combatiente en Corea, alojado en el Orient Flower Hotel...

—Entonces... lo... lo han encontrado ya...

—No, señora Crawles. Aquel hombre no era Sam Bascomb.

—Sueno... ¿Quién era?

—Su marido, señora: Henry Crawles.

La viuda palideció tan bruscamente que me pregunté inconscientemente si no habría habido un cambio de luces. Se tambaleó, y a no ser por la oportuna intervención de Monique, hubiese caído al suelo.

Monique la llevó hasta uno de los silloncitos de junco, y la depositó suavemente en él.

Se volvió hacia mí, chispeantes de indignación los ojos.

—Eres un bruto Nathaniel. Estas cosas no se dicen tan de sopetón a una mujer en el estado de la señora Crawles.

—¿Estado? ¿Qué...? ¡Dios...!

—¡Estúpido!

Estaba anonadado. Me dije que Monique había sido demasiado benigna conmigo al llamarme solamente estúpido. Giré la vista por la salita hasta encontrar lo que me pareció un pequeño mueble-bar. Lo era, en efecto, Tomé uno de los vasos y casi lo llené de lo primero que hallé a mano.

Lo... lo siento, señora Crawles. Tiene que disculparme, por favor.

Ella tomó el vaso, con ambas manos, que temblaban. Casi ni probó la bebida. El color fue tornando a su rostro. Parecía hipnotizada, y durante más de un minuto ninguno de los tres pronunció palabra.

—¿Se siente mejor?

—Sí..., gracias. Es... es... ¡Esto es horrible!

—La comprendo, señora. ¿De veras está más calmada?

—Sí, de veras...

—¿Le importa que continúe exponiendo mi teoría?

—No, no. Le... le ruego que lo haga.

—Gracias. Decía antes que alguien abrió el telegrama antes que usted, lo leyó, y lo volvió a cerrar. De este modo supo que yo llegaría hoy a Hong-Kong.

Esa misma persona debía estar pendiente de la policía, de modo que, ya fuese antes o después de leer el telegrama, supo que había

sido hallado el cadáver de un hombre llamado Sam Bascomb. Mi llegada lo estropeaba todo, porque, naturalmente, lo lógico era que yo me enterase pronto de ese hallazgo de la policía y fuese a identificar el cadáver. Tuvieron la mala suerte de que, desde que llegué al hotel hasta después de identificar el cuerpo, la policía estuvo conmigo, de modo que no intentaron matarme antes. Me siguieron y cuando yo despisté a la policía —no me interesaba decirles para quién estaba trabajando, y además, existía la discreción profesional—, no pude hacer lo mismo con ellos. Sus órdenes debían ser matarme antes de que pudiese identificar el cadáver, pero en la duda de si yo lo había identificado ya, o necesitaba más datos, se decidieron a matarme después. Me encontraron en una callejuela, y luchamos. Tuve suerte. Supongo que a estas horas, la policía tendrá en su poder a esos dos hombres...

—¿Cómo..., cómo sabe usted que el cadáver que han encontrado en la playa es... es el de mi marido?

—No lo sé, señora Crawles. Nunca había visto a su marido, de modo que difícilmente podría haberlo identificado. En cambio, conocía bastante bien a Bascomb. Y no era él, seguro.

—Pero..., si mi marido apareció hoy en la playa de Kowloon... ¿quién.

... quién es el hombre que enterramos?

—Sam Bascomb, señora.

—¡Dios mío!

—¿Cómo ocurrió el accidente en el que halló la muerte su esposo?

—Pero usted dice que no era mí...

Supongamos que sí. ¿Cómo ocurrió?

El... el coche en que Henry venía hacia aquí cayó por... por un desnivel del lado izquierdo de la carretera. Se... incendió. Cuando las primeras personas llegaron allí, no se podía hacer nada...

—... Y el cuerpo de su marido fue retirado cuando cesó el fuego, ya completamente carbonizado, ¿no es verdad?

—Sí...

—Naturalmente, el cadáver carbonizado dentro del coche de su marido, llevaría su anillo matrimonial, su cartera, sus zapatos, su reloj y demás cosas que sirvieran para identificarlo.

—Claro...

—¿Quién identificó el cadáver? ¿Usted?

—¡No! No tuve valor... Me dijeron que...

—Desde luego, el aspecto de una persona carbonizada, abrasada, es muy poco agradable. En su estado, hicieron bien en impedirle tal espectáculo... ¿Por qué me mira así, señora Crawles?

—Es que... nadie sabe que... voy a tener un hijo. Ni siquiera se lo había dicho todavía a Henry...

Mis ojos se abrieron desmesuradamente.

—¿Por qué, señora Crawles?

—Yo..., yo soy la segunda esposa de Henry. La primera... Bueno..., murió hace algún tiempo, sin haber tenido ningún hijo. Henry se casó conmigo con la esperanza de... de poder tenerlos.

—¿Cuánto hace que se casaron?

—Unos seis meses. Pero no fue enseguida que...

—Comprendo, comprendo. Todo me hace suponer que su marido era muy rico, señora. ¿Me equivoco?

—No. Es decir, suponemos que no. Mañana, diez días después de su muerte, será abierto el testamento. Por eso estamos todos reunidos en la casa.

—¿Quiénes son todos?

—Su socio, sus dos sobrinos y yo.

—¿Socio y dos sobrinos? ¡Buena gente! Me gustaría saber, señora Crawles, por qué no le comunicó usted a su marido una noticia tan estupenda, sobre todo, sabiendo la ilusión con que el hombre la hubiese acogido.

—Quise asegurarme más. Luego, estaba lo de los sobrinos. Ellos creo que tendrán una buena parte en el reparto de la herencia. A menos que yo tenga efectivamente un hijo. En ese caso...

—¿No les correspondería nada?

Bastante menos.

—Muy lógico. ¿Debo entender que su marido decía que, si usted tenía un hijo, cambiaría el testamento, dejando menos dinero a sus sobrinos?

—Pues..., algo así. Por eso yo... yo no quise decir nada hasta estar completamente segura...

—En ese caso, ellos tampoco saben...

—No. No lo saben. Ustedes han sido los primeros en enterarse.

Y, por favor, les ruego...

—Confíe en nuestra discreción. ¿Desde cuándo están en la casa sus sobrinos y el socio de su marido?

—Los sobrinos viven aquí. El socio, en Hong-Kong.

Vino a almorzar y ya no se ha marchado. Dormirá aquí. Le cuesta moverse.

—¿Por qué? ¿Está inválido?

—¡Oh, no! Está... muy gordo. Es chino, ¿sabe?

—¿A qué se dedicaba su marido?

—A importación y exportación.

—Ya. Y el chino era su socio, ¿eh?

—Eso es.

—Y sus sobrinos... ¿a qué se dedicaban?

—John se supone que ayudaba a Henry en las cuestiones de la oficina y papeleos.

—¿Se supone? ¿Qué quiere decir?

—Es... Bueno, su comportamiento no es muy... decente. Incluso solía... o suele ir a fumadores de opio. Creo... creo que es bastante...

—¿Despreocupado?

—Algo así.

—¿Gastaba mucho?

—Demasiado. Abusaba de la bondad de Henry.

—Ése es John. ¿Y el otro?

—La otra. Se llama Debbie. Henry estaba loco con ella.

—Una chica... ¿Se portaba mejor que John?

—Incomparablemente mejor. Me daba la impresión de que Henry soportaba con tranquilidad no tener hijos gracias a Debbie.

—Es posible, claro. Dígame, señora Crawles: ¿cuál de ellos pudo ser el que abriera el telegrama?

—¡Ninguno!

—En la pregunta va incluido el socio chino de su marido.

Digo lo mismo. Lin Wu Tang es un comerciante honrado. Y muy amigo de Henry.

—Entonces, señora, ¿quién abrió el telegrama? ¿Algún criado?

—Eso ya es posible.

—¿Quiénes la han visitado a usted hoy..., a partir de la hora en

que se recibió el telegrama en la casa?

—Pues... Claro, ya han pasado nueve días... En realidad, hoy nadie ha venido a visitarme. Estuvo el representante de la Hong-Kong

Insurances para traerme un cheque por valor del seguro contratado por Henry hace algún tiempo.

—Uno de esos tipos que reparten dinero cuando uno ya se ha muerto, ¿eh? ¿En qué consistía el seguro, señora Crawles?

—En cien mil dólares.

—¿Dólares de Hong-Kong?

—No; dólares americanos.

No pude evitar lanzar un silbido. ¡Cien mil dólares! Y yo que me había puesto tan contento porque había ganado dos mil con el asunto de los calcetines «Apaché». Claro que las circunstancias no eran las mismas...

—Señora Crawles: ¿le molestaría presentarme..., presentarnos a sus sobrinos y al socio de su marido?

—El señor Holden, desde Los Ángeles, asegura que usted lo resolverá todo... ¡Ahora comprendo...! ¿Acaso ustedes sabían algo...?

—No. Pero nuestro olfato llega muy lejos. Comprendimos que había algo raro en todo esto, Desde luego, mi jefe tiene razón, señora: yo lo resolveré todo. Absolutamente «todo».

Nancy Crawles suspiró.

—Así lo espero. Vengan, por favor; les presentaré a Debbie y John Parker y a Lin Wu Tang... ¿Con qué nombre los presento?

—Monique y Nathaniel Robson, por supuesto. Quienquiera que sea el que piensa matarme, señora Crawles, sabe quién soy y lo que he venido a hacer a

Hong-Kong.

No tiene objeto ocultar mi verdadero nombre.

CAPÍTULO IV

CUATRO PERSONAJES: *POKER*

Salimos de la pequeña salita, y Nancy Crawles nos guió por la amplia casa hasta llegar ante la puerta tras la cual me había parecido oír voces anteriormente.

La detuve en un ademán de abrirla.

—Un momento, señora Crawles. Le ruego que no intervenga en la conversación a menos que yo le pregunte a usted directamente. ¿Puedo confiar en ello?

—Pues... sí, desde luego. Sin embargo...

—Estoy convencido de que usted ha comprendido que hay algo raro, sucio, en todo esto. ¿Le interesa saber la auténtica verdad?

Me sorprendió un poco la vacilación de la viuda.

—¿La... la verdad?

Fruncí el ceño.

—Siempre, en todas las cosas, hay una sola verdad, señora Crawles. Con venga conmigo en que en este caso intervienen dos mentiras que se funden en una sola. ¿Se ha preguntado usted el porqué de todo esto? ¿Se ha preguntado por qué un cadáver aparecido en el mar no es quien se quiere hacer creer?

—No..., no sé... Sí, claro. ¿Por qué ha sucedido así?

Sonreí amablemente, intentando ocultar mi perplejidad.

—Todavía no lo sé. Pero lo sabré si usted es tan amable de aceptar mis indicaciones. ¿No quiere confiar en mí?

La mujer parpadeó.

—Por supuesto que confío en usted. Haré lo que me diga.

—Es muy sencillo: callar.

Nancy Crawles asintió con la cabeza, al tiempo que abría la puerta.

Al que primero vi fue al chino. ¡Dios! Era asquerosamente gordo. Parecía un diminuto cepelín, lastrado por su enorme peso y la mala construcción. Estaba sentado, colocado más bien, en un sillón que parecía pertenecer a una casita de liliputienses; se desbordaba como una tarta de manzana en su moldé cuando la sacan del horno. No le vi los ojos, sino un par de puntos brillantes que me parecieron malignos. Noté la presión de la mano de Monique en uno de mis brazos.

Frente al gordo, grandísimo chino, había dos bellos ejemplares del género humano. Resarcía un poco del disgusto que ocasionaba la visión del chino.

La chica era un bombón con peluca rubia y los ojos pintados de azul. Tenía de todo y en su más exacto emplazamiento. El muchacho, de unos veintiocho o treinta años, era una réplica adecuada de su hermana en edición masculina. Tenía los hombros anchísimos, el mentón firme, los ojos claros. Yo soy un tipo de esos que, sólo con las manos, se atreve a pelear incluso con una ballena, pero me dije que no me haría ninguna gracia tener que vérmelas con aquel tipo.

Naturalmente, las tres miradas habían convergido en nosotros. Y en aquel mismo momento la hubiese emprendido a latigazos con el chino, por el brillo que tomaron sus ojos al posarse sobre Monique. La admiración que vi en los ojos del muchachote no me molestó. De pronto, me dije que de aquel muchacho podía creérmelo todo... menos que fuese un empedernido fumador de opio.

—El señor Robson y su esposa han venido desde Los Ángeles para... —Nancy Crawles captó mi mirada y cortó la explicación de un modo que resultó un tanto violento. Y prosiguió—: El señor Lin Wu Tang, socio y amigo de mi marido: John y Debbie son mis sobrinos...

—Sobrinos de tío Henry, querida Nancy —corrigió irónicamente John.

Aquello no me gustó. Miré a la viuda y me pareció un tanto azarada y confusa. El muchacho descendió bastante en mi estima inicial.

En cambio, el bombón con peluca rubia me cayó mejor cuando

reconvino:

—No es necesario que seas sarcástico, John. Y menos delante de extraños.

—Si son extraños, que se vayan. No tienen nada que hacer aquí.

Monique me miró. Yo me estaba diciendo que ya no me gustaría tanto enzarzarme a bofetadas con el apolíneo fumador de opio. Pero como en realidad yo podía ser más útil a ellos que ellos a mí, sonreí amablemente. Estoy asqueado de haberle conocido, joven. Buenas noches.

Di media vuelta, campechano, rodeé el estupendísimo talle de mi Monique, y orienté mi brújula hacia la puerta.

—Señor Robson.

Me volví.

El chino continuaba igual, inmóvil, como una gigantesca pella de barro amarillento.

—¿Me ha llamado el honorable Lin Wu Tang?

—Ahorre ironías, señor Robson. Y háblense con lo mejor de su inglés. Procuraré entenderle. ¿No quiere sentarse?

Miré a John Parker, a su hermana y a la viuda. Me revolvió las tripas comprender que quien llevaría allí la voz cantante sería el chino.

—Me sentaré, Monique...

Monique y yo nos sentamos muy juntos en el largo sofá. Vi que la mirada del chino volaba raudamente hacia las rodillas de Monique y no pude evitar un comentario:

—Supóngase que quisiera coger la luna, honorable. Pues bien: es todavía más imposible que usted consiga lo que está pensando.

—No me interesa la luna, señor Robson.

—Sensato desinterés. Ya estoy sentado. ¿Qué hacemos ahora?

—Hable usted. Díganos para qué ha venido usted desde Los Ángeles.

—Para encontrar a un compañero.

—Bonito gesto. ¿Lo encontró?

—Ajá.

—¿Y bien? ¿Nos importa eso a alguno de nosotros?

—¿Quién sabe? De una cosa estoy seguro: uno de ustedes sabía que mi compañero estaba allí.

—¿Allí? ¿Dónde?

—Ocupando el ataúd y la tumba de Henry Crawles.

Los Parker saltaron del lugar en que se habían sentado. Los dos pálidos, abiertas sus bocas en un gesto de sobresalto que llevó una inesperada bocanada de aire a sus pulmones. El chino permaneció impasible.

—¿Se da cuenta de lo que dice, señor Robson? Y, sobre todo, ¿cómo puede asegurar semejante cosa? ¿Desde cuándo está usted en Hong-Kong?

—Desde esta tarde. Creo que eran las tres. ¿No lo sabía ya el honorable Lin Wu Tang?

—¿Cómo iba a saberlo?

Abriendo un telegrama destinado a otra persona.

—Me temo, señor Robson, que usted desconoce por completo el sentido que los orientales tenemos de la cortesía. ¿A quién iba dirigido ese telegrama y por qué supone usted que lo abrí yo?

—También pudo hacerlo el sobrinito... o la sobrinita. En suma, señores, dos de ustedes cuatro sabían que yo llegaría hoy en el vuelo seiscientos nueve.

John Parker se adelantó hacia mí con los puños apretados.

—Le voy a romper la cara, imbécil.

—Cálmate, John. Por lo menos hasta que el señor Robson nos cuente lo que sabe..., que parece que es mucho.

Torcí el gesto, señalando al joven Parker.

—No debió impedirle que se acercara a mí, Lin Wu Tang. Le hubiese enseñado más cosas de las que aprendió en la escuela.

—Usted parece un hombre avezado, señor Robson, en efecto. Pero a mí me marea hasta las náuseas la contemplación de la fuerza bruta. En cambio, me encanta oír hablar.

—Está bien. Escuchen esto: soy detective privado, y...

No me interrumpió nadie durante la explicación, exactamente la misma que diera poco antes a la viuda de Henry Crawles.

La primera en reaccionar cuando terminé fue Debbie:

—¿Y para qué quería tío Henry un detective de Los Ángeles?

Encendí un cigarrillo.

—Si llego a saber eso, señorita, lo sabré todo. Dígame: ¿su madre de usted era hermana de Henry Crawles? Lo digo por el apellido...

—Sí.

—Gracias. Señora Crawles: ¿qué clase de seguro tenía su marido, que le proporciona a usted nada menos que cien mil dólares a su muerte?

—No lo sé. Nunca me dijo...

—Comprendo. ¿Alguno de ustedes se da cuenta de que si, en efecto, el cadáver aparecido en la playa de Kowloon es el de Henry Crawles, no ha lugar el pago de tal cantidad? A menos que haya seguros contra asesinato, cosa de la que no he oído hablar. Y... ¿qué duda cabe que un hombre que tiene dos balazos en el pecho ha sido asesinado? Si no es asesinato, sí será, por lo menos, homicidio más o menos voluntario... Por supuesto, el contrato de seguro puede adoptar las más diversas modalidades. Sin embargo... Señora Crawles: ¿por qué no me dice el nombre del agente de la Hong Kong Insurances que le trajo esta mañana los cien mil dólares?

Creo... creo que... No recuerdo...

—Se llama Max Marvin.

Lancé una rápida mirada al chino.

—¿Estuvo usted presente en la entrevista, señor Wu?

—Estuve.

—¿Conocían con anterioridad a ese hombre que trajo los cien mil dólares?

Nadie contestó, por lo que tuve que suponer que la respuesta era en general negativa.

—¿Tiene algo que ver esa compañía de seguros con todo lo que nos ha contado, señor Robson?

—No lo sé. ¿No es en China donde empiezan la casa por el tejado?

—Lo sea o no, ¿qué tiene que ver?

—He querido decir que se puede llegar a la meta partiendo desde cualquier lugar. Según de donde partamos tardaremos más o menos..., pero lo importante es llegar.

—Buda fue generoso con usted al dotarle de abundante agudeza e inteligencia, señor Robson.

—No diga estupideces. Ese idolillo tripudo no tiene absolutamente nada que ver conmigo.

Monique no pudo evitar una risita, y entonces la quise más. ¡Dios! Estaba desperdiciando felicidad a manos llenas al dedicarme al esclarecimiento de un caso en lugar de estar ya casado con ella.

Pero Lin Wu Tang no rió.

—Desagradables palabras, señor Robson.

—Pero las digerirá usted, Wu. Tiene sitio para eso y para más. No rías más, Monique. Anda, vámonos.

Me puse en pie, apresurándome a enlazar a Monique por el talle. Un idiota, eso es lo que era yo.

Había una atmósfera desagradable en la estancia. Y la acentué más todavía cuando dije:

—Me voy con las ganas de calentarle las orejas, muchacho. Otra vez será...

—¡No, John...!

Pero John fue tan amable de concederme una oportunidad. Seguramente era tan fuerte como me había parecido al verlo, pero no sabía lo de cosas que se pueden hacer con un par de manos.

Ni siquiera solté la cintura de Monique cuando el antipático Parker me disparó el puño a la cara. Me limité a ladearla de modo que rozara la de Monique, al mismo tiempo que mi puño izquierdo se hundía en el estómago de John Parker; de subida, y mientras mi pie izquierdo se cruzaba con los dos suyos haciéndole perder el equilibrio, el mismo puño logré encajárselo en la barbilla.

Ni siquiera supo caer al suelo con elegancia. Desde allí, y tras sacudir un par de veces la cabeza, se quedó mirándome con los ojos entrecerrados.

—Otra cosa —sonreí—: cuando haya atravesado la puerta de esta casa, sé que empezarán a pasarme cosas desagradables. Como lo de los dos chinitos vestidos a la europea, honorable Lin Wu Tang. Para las próximas veces, envíen hombres más preparados. Y adviértanles que Nathaniel Robson comenzó a repartir bofetadas cuando le pusieron los primeros pañales.

—Es usted un fanfarrón casi simpático, señor Robson. ¿Cree usted que los dos hombres que le atacaron fueron enviados por mí?

—No he personalizado.

—Pero sus palabras...

—Mis palabras, señor Wu, indican claramente que estoy convencido de que uno de ustedes es el asesino de Sam Bascomb y de Henry Crawles. Pero eso es lo de menos. Lo que me gustaría saber es por qué los mataron, y, más que ninguna otra cosa, por que cambiaron sus cadáveres.

—Todavía no puede afirmar eso.

—Mañana lo hará el inspector Warren. Buenas noches.

No se moleste, señora Crawles. Encontraremos la puerta nosotros solitos.

Así fue.

Fu Tse se apresuró a abrirnos la portezuela, sonriendo.

—¿Adonde les llevo ahora, señol Lobson?

—A cualquier bar de

Hong-Kong,

Fu. Y pronto.

—Sí, señol.

El coche partió. Monique se reclinó en mi hombro.

—Eres un tipo duro, Nathaniel.

Comprendí que se burlaba, y que mi truculencia no la había convencido a ella. Era deliciosa. Olía a mujer enamorada... ¡Diantre, esto me ha quedado bien!

—Bueno —sonreía—, quizá he exagerado un poco. Pero el tal John se merecía el mamporro.

—Bésame, Nathaniel.

—Luego. Ahora tenemos cosas que hacer.

Monique me miró con asombro.

—¿De veras no vas a besarme?

—Te he dicho que tenemos cosas que hacer. Y si te beso, Monique, bien sabes que esas cosas no las haría Nathaniel Robson.

—¿Qué es lo que haría Nathaniel Robson? —Brillaron sus ojos.

—Te diré únicamente lo que va a hacer, buscar en un listín telefónico un nombre, el de un tal Max Marvin, agente de seguros o algo así.

No besé a Monique, palabra.

CAPÍTULO V

ATRAYENDO A LA FIERA

Hong-Kong

es una ciudad tozuda. Es algo así como Nueva York. Lo que muchos consideran de esta última ciudad como algo fantástico, no es más que un gran defecto: la falta de espacio. Nueva York se hizo tan grande, que tuvo que buscar las alturas. Los rascacielos no son otra cosa que el producto de la inventiva del hombre ante la necesidad de espacio. ¿No puedes ensancharte? ¡Pues crece, amigo! Nueva York creció, en forma de rascacielos. No le quedaba otro remedio.

Hong-Kong

halló otra solución. Una solución inexistente para Nueva York. Hong-Kong invadió la montaña. Eso es. Allí había demasiada gente y poco sitio. Entonces, alguien pensó que la montaña podía convertirse en grandes escalones, capaces incluso para grandes edificios. Y se hizo.

De este modo, y tal como dicen las propagandas turísticas,

Hong-Kong

es una de esas ciudades difíciles de olvidar por su exotismo. Se eleva hacia la montaña.

Seguro.

Eso podía afirmarlo yo desde el mismo momento en que entré en el apartamento que ocupaba en cierto hotel un tipo llamado Max Marvin. El apartamento era estupendo. Abajo, se veía el cosmopolita puerto, y de cuando en cuando llegaba allí el pitido de una sirena. La bahía se divisaba en toda su amplitud.

Oigan: ¿han estado en

Hong-Kong?

¿No? ¡Lástima!

Yo sí.

Nathaniel Robson estuvo en
Hong-Kong.

Desde el amplio ventanal de aquel apartamento, la ciudad parece un delicioso juguete escalonado, una ciudad de luces y colores.

Un consejo: vayan a

Hong-Kong

cualquier día. Si no tiene dinero para hacerlo, pídanlo a un amigo. Luego, se lo devuelven o no, según sus posibilidades. Lo que ocurra después de haber estado en

Hong-Kong

no tiene demasiada importancia.

Yo estaba frente al ventanal, maravillado. Me gusta

Hong-Kong,

diablos. Y Monique estaba junto a mí, mirando el humo de mi cigarrillo.

Preguntó, en un susurro:

—¿Qué piensas hacer ahora, Nathaniel?

—¿Te disgustaría vivir en

Hong-Kong,

dulce?

—¿Contigo?

—Ajá.

—Me encantaría vivir en

Hong-Kong.

Pero mi pregunta tenía otro significado. ¿Qué piensas hacer, Nathaniel?

—No lo sé..., todavía.

Me volví.

El cadáver de Max Marvin, tumbado junto a una mesita, me pareció un extraño y lejano sueño. Verdaderamente, no sabía qué hacer. Supongo que llamar a la policía era lo más sensato.

Atiendan: Max Marvin estaba tumbado cara arriba, con los ojos muy abiertos. Vestía un fantástico batín de tela china, con colorines y esas cosas a que tan aficionados son los chinos: dicen que es muy difícil sustraerse al encanto de las cosas chinas.

Max Marvin se había sustraído a todo. Lo encontramos así al llegar. Tenía un enorme tajo en el cuello. La vida se había escapado raudamente por allí. Y la sangre. Habla mucha sangre manchando aquel bonito batín con reminiscencia de kimono.

—¿Seguro que está muerto, Nathaniel?

—¿Qué clase de novelas escribes tú, Monique?

—Oh, pues... Bueno, de amor. De la vida, ¿sabes?

—Yo todavía no he escrito ninguna novela. Quizá algún día escriba una. Puede que la titule

Hong-Kong

, a secas. Decir solamente

Hong-Kong

ya es decir mucho. En esta novela, Monique, haré hincapié en que cuando a un tipo le destrozan la yugular, muere instantáneamente.

—Está bien muerto, pues...

—Del todo. ¿Y sabes quién lo ha matado?

—¡Claro que no!

—Yo tampoco, ¡maldita sea!

—Pero a lo mejor sabes «por qué» lo han matado.

—Eso sí; creo saberlo, al menos.

—Dímelo, Nathaniel.

Ustedes saben que los amigos me llaman Nat. Pero Monique me llamaba Nathaniel. ¡Oh, Monique...! Escuchen: cuando quiero que un amigo me tenga envidia no he de esforzarme demasiado: le presento a Monique, sencillamente.

—Lo han matado para que no diga lo que sabe. Monique.

—¿Y qué es lo que sabía?

—Misterio.

—¿No crees que ha podido ser alguno de los de aquella casa?

—¿Alguno de aquellos cuatro? ¿Por qué lo dices? Ellos están allí y nosotros aquí, ¿no?

—Pudieron telefonear a algún cómplice ordenándole que matase a este hombre.

—Pudieron hacerlo. Monique: ¡tú escribe. Yo investigaré. Zapatero, la tus zapatos!

—No te entiendo, Nathaniel.

—¿Cuánto hace que salimos de aquella casa?

—Una... media hora.

—Exacto. Este hombre, Monique, lleva muerto tres horas..., por lo menos.

—Entonces, ¿no han sido ellos?

—No he dicho eso. Pero he querido darte a entender que, si fue alguno de ellos, lo hizo con anterioridad a nuestra visita.

—¿Por qué?

Monique era así. Bram no hubiese preguntado semejante tontería.

Me armé de paciencia.

—Porque sabía algo, Monique mía.

—No te enfades conmigo, Nathaniel.

—Tengo otras cosas que hacer. Vámonos.

—¿Adónde?

—A ver a un tipo con pantalones cortos.

Al inspector Warren lo habían puesto de largo. Estaba hecho todo un hombrecito.

Captó el significado de mi mirada, y explicó:

—Cuando no trabajo visto así.

—Estupendo.

Señaló a Monique.

—¿Y...?

—Casi mi esposa —presenté—. Se llama Monique, escribe novelas y tiene un montón de miles de dólares.

—Guapa chica. ¿No quieren sentarse? ¿Cómo me han localizado?

—Un chino con galones de sargento nos dijo que usted solía cenar aquí. Oiga, esto está bien, ¿eh?

Era uno de esos locales en donde unas cuantas chinitas y alguna mujer blanca consiguen que uno no se fije demasiado en lo que come. Y uno no se arrepentía. La que en Los Ángeles llamamos «la pista» allí lo abarcaba todo. Nunca hubiese creído que las chinas tuviesen tanto.

—A mí me distrae —admitió Warren.

—¿Le distrae? —Lo miré con curiosidad—. Es usted muy serio, amigo inspector.

Richard Warren sonrió amablemente. Tenía unos ojos inteligentes, sí señor.

—No soy amigo suyo, Robson. No me gustó lo que hizo con mis

hombres.

—No me complace que me sigan. Mi oficio es todo lo contrario, seguir yo. Por cierto ¿qué le han dicho los chinitos?

—¿Qué chinitos?

Fruncí el ceño.

—Le dejé un par de chinitos a sus hombres. Quisieron matarme, y les salió la cosa algo difícil. No me diga que no tiene entre rejas a un par de amarillos vestidos a la europea y bastante aporreados.

—No los tengo. Mis hombres dijeron que usted se les escapó. Y eso fue todo. Ustedes, los americanos, son unos tipos demasiado independientes.

—Es verdad —admití ingenuamente—. No somos ninguna colonia.

¿De veras no atraparon a los dos chinitos?

—De veras.

—Pues vaya un asco de policía.

Richard Warren se quedó con la mano en alto, sin echarse el bocado a la boca.

—¿En qué puedo servirle, Robson? —preguntó secamente.

—Soy yo quien va a servirle a usted, inspector. ¿Qué tal comida hay aquí?

—La que usted esté dispuesto a pagar.

—¡Estupendo! En ese caso, pediremos nidos de patos, asados de ciervo, tallos tiernos de bambú... ¿Qué me aconseja de postre?

—Muy gracioso.

Llamé a un tipo que pareció el encargado de atender los pedidos.

—Nidos de pato, asado de ciervo, tallos tiernos de bambú... y, de postre, «muy gracioso».

El chino parpadeó. Monique rió. Warren me fulminó con la mirada.

—Bueno, amigo, traiga lo que quiera con tal de que se pueda comer.

Cuando el chino se fue, Warren comentó fríamente:

—Ustedes, los americanos, no saben nada de nada. Van por el mundo solo...

—... Para resolver los problemas a los funcionarios ingleses. He dejado un cadáver en cierto apartamento, inspector. ¿Y sabe una cosa? Le apuesto mi inteligencia contra la suya, o sea doble contra

sencillo, a que está relacionado con el caso de Sam Bascomb.

Tuve que admitir que Richard Warren era un hombre dotado de infinita paciencia y serenidad.

—¿Quién es el hombre? Me refiero al cadáver.

Tomé una mano de Monique y la besé. Acto seguido, besé la otra mano. Luego, sonreí a la chinita que movía el cuello y las manos de forma verdaderamente graciosa.

—Se llama Max Marvin.

—¿Inglés?

—Vivía con lujo, casi. De modo que he supuesto que se trataba de un americano.

—Usted está abusando de la tan mencionada flema británica, señor Robson.

—Es cierto. Pero lo hago porque, ¡vea!, usted me cae bien. ¿No es cierto Monique?

—Sí Me lo dijiste antes.

—¿Antes? —me sorprendí—. ¿Cuándo? ¿Dónde?

—Basta de broma, señor Robson. Hablé o déjeme en paz.

—Haré ambas cosas. ¿Recuerda que le dije que el cadáver aparecido en la playa de Kowloon no era el de Sam Bascomb?

—Lo recuerdo. No me diga que ha cambiado de parecer.

—No lo digo. Escuche, inspector...

Se lo dije todo. Absolutamente todo. A veces hay que estar a bien con la policía. Y más cuando uno es extranjero en un sitio y se tropieza con un tipo lo suficiente simpático y lleno de personalidad como para llevar pantalones cortos en horas de trabajo.

Richard Warren dejó de comer. Sencillamente, escuchaba, Cuando terminé de hablar, suspiro:

—¿Quién escribe novelas, dijo?

—Monique.

—¿Usted no?

—No... todavía.

Fruncí el ceño. Me pasa a veces.

—¿No me ha creído?

—Completamente. Pero si he dicho lo de las novelas ha sido por sus deducciones. ¿Las cree acertadas?

—Soy el mejor detective de ojos grises de todo el mundo.

—Voy a pedirle un favor, Robson.

—No abuse.

—Voy a telefonar. Cuando vuelva, quisiera encontrarlo en esta mesa, esperándome.

Levanté la mano derecha.

—Así sea., ¡por Buda!

Richard Warren se levantó. No estaba pial, vestido de hombre.

Cuando estuvimos fuera de su vista, dije:

—Vámonos, Monique.

—Pero...

—¡Al diablo Buda! —Me levanté y dejé unos billetes sobre la mesa.

Monique me conocía ya. Encogió los hombros, que a mí me chiflaban, y, tomándose de mi mano, aceptó la «huida».

Fu Tse demostró una vez más que era servicial.

—¿Adonde, señol Lobson?

—Victoria Hotel. Y muy despacio, Fu, para que pueda seguirnos ese coche.

Monique se sobresaltó.

—¿Qué coche, Nathaniel?

Se lo señalé por el cristal zaguero.

—Ese negro que se pego a nuestras ruedas cuando llegamos a Quenn's

Road, procedentes de la casa de Henry Crawles.

—¿Ése?

—Sí.

—¿No puedes equivocarte?

Vean: en esos momentos tuve deseos de besar a Monique. Con lo cual demostré que me equivocaba por lo menos en una cosa. Ella me rechazó, tirándome al otro extremo del asiento.

—Estate quieto, Nathaniel.

—Creí que te hacia un favor.

—Fatuo.

—Rencorosa.

—¿Yo?

—Tú. Pon el coche en marcha, Fu.

El simpático *coolie* me obedeció. Miré por el cristal zaguero.

—Tú misma, Monique, puedes comprobar hasta qué punto se equivoca Nathaniel Robson cuando se trata de cosas relacionadas

con su trabajo.

Monique tuvo que admitir:

—Parece que nos sigue.

—Parece, ¿eh? Fu: llévanos al Victoria Hotel tomando los caminos más estúpidos que se le ocurran a tu imaginación.

—Sí, señor. Fu Tse conoce

Hong-Kong

y caminos estúpidos. Además, señor, Fu Tse ilá muy despacio.

—Chico listo.

Monique preguntó:

—¿Vas a dejar que nos sigan, Nathaniel?

—No voy a dejar que nos sigan. «Quiero» que nos sigan. —¿Por qué?

—Una vez estuve en África, en un *safari*. ¡No sabes lo difícil que resulta encontrar la guarida de ciertos animales! A veces, demasiadas, es completamente imposible. Había allí un tipo que disparaba con el rifle como si en vez de mira telescópica tuviese adoptado a su rifle un mecanismo de control remoto para la bala. Se llamaba Wilcox. Los negros le llamaban *Bwana*. Sabía de la selva más que de su familia. Me contó que una vez, un león robó una vaca. ¿Sabes cómo lo hizo? Muy sencillo: el león saltó la empalizada de una tribu, le rompió el cuello a la vaca de una dentellada, se la cargó en la espalda bien agarrada con sus colmillos por el pescuezo, y volvió a saltar la empalizada. ¡Menuda comilona! Yo admiro a los leones, Monique. —¿Por qué?

—Son potentes e inteligentes. ¿Sabes lo que me dijo de ellos el tal Wilcox, aquél al que los nativos llamaban *Bwana*?

—¿Qué te dijo?

—Que... No, eso fue otra cosa. Lo que quería decirte es que los cazadores no se molestan en localizar a la fiera. Ponen una carnada y la fiera aparece. Es una manera como otra cualquiera de encontrarla, ya que no pueden dar con su guarida.

—Creo haber entendido que estás dejando que la fiera nos localice, Nathaniel, y que la carnada somos nosotros mismos.

—Además de hermosa, Monique —suspiré—, eres inteligente...

Entonces, Fu Tse, desde su puesto, sentenció:

—Quien ama el peligro pelecelá en él, señor Lobson.

CAPÍTULO VI

¿QUIEN PUEDE VENCERME?

Cuando llegamos ante el Victoria Hotel, le pregunté a Fu Tse:

—¿Me has comprendido bien?

—Sí, señol.

—¿Puedo confiar en ti?

—¡Sí, señol!

—¿Se te ha ocurrido pensar en lo que ocurriría si tú fallas?

—Sí, señol. Fu Tse no fallalá, segulo.

—De acuerdo.

Me apeé y ayudé a Monique a hacer lo mismo. Luego, nos dirigimos hacia el vestíbulo del hotel, desentendiéndonos del *coolie*. Ni siquiera nos volvimos cuando el coche se alejó de allí.

—¿Por qué te fías de ese chinito, Nathaniel?

—¿Preferirías que me hubiese fiado de ti?

—¡No! Yo quiero estar contigo...

Sonreí. Eso lo sabía ya. Soy uno de esos tipos que nunca habían comprendido que un hombre y una mujer se conozcan el viernes por la mañana y pasen el *week-end*

ya casados. Lo comprendí entonces. ¡Vaya si lo comprendí!

Pedimos la llave en la conserjería y tomamos el ascensor. Poco después estábamos en la *suite* que Monique había alquilado.

—¿Y ahora? —pregunto ella.

—Esperaremos. La fiera no tardará en llegar. ¿Hay algo para beber aquí?

Monique me señaló el mueble. Por supuesto que ella no había

pedido bebidas de ninguna clase, pero el anterior ocupante de la *suite* debió ser una esponja con patas. Desde luego, no hay nada como esos hoteles de lujo. La cuenta, al final es, desde luego, como un lanzazo en las entrañas, pero hasta que llega ese momento uno tiene de todo.

—¿Qué quieres tú, Monique?

—Beberé lo que tú bebas.

Sabido esto, no llené dos vasos, sino uno solo, casi hasta el borde. Con él, y tras un primer sorbo, me dirigí al diván tan correctamente colocado en el *living-room*.

Me senté y miré a Monique. Sentí un grato calorcillo en el corazón. Yo creo que esos tipos que dicen que la belleza no tiene nada que ver con el amor hablan así porque su esposa debe ser horrible. Yo estaba encantado de que Monique fuese... Bueno, sabemos ya cómo es Monique, ¿eh?

El sencillo vestido de noche, que dejaba al descubierto los hombros y buena parte de la espalda, podía estar orgulloso de haber sido amoldado a aquel cuerpo fino y esbelto, maravilloso, de piel dorada...

—¿Qué piensas, Nathaniel?

—No es apto para menores —sonreí—. Ven aquí, Monique.

Ella obedeció. Con una naturalidad y un encanto que hizo latir más rápidamente mi corazón, se sentó en mis rodillas, me tomó el vaso, y bebió un traguito.

—¿Me quieres, Nathaniel?

—Te adoro.

—¿Por qué?

Sonreí.

—Debe ser el efluvio exótico de

Hong-Kong...

Monique se inclinó sobre mí y posó sus labios sobre los míos. Despacio, suavemente... Creo que vertí algo de licor sobre mi flamante *smoking*. Cuando ella dio por terminado el breve, suave beso, tuve que beber.

Ella puso uno de sus deditos en mi barbilla y dijo:

—Me gusta esta hendidura de tu barbilla, Nathaniel. Te da un aspecto más varonil.

Carraspeé.

—Bueno... Eres muy amable. Monique...

—No es eso, todo —rió—. Es que estoy loca por ti...

Y me volvió a besar.

Afortunadamente, entonces llamaron a la puerta.

Me incorporé de un salto, aunque manteniendo abrazada a Monique.

Quedó colgada de mi cuello.

—Llegó la fiera, Monique —susurré.

La solté y me dirigí al baño. Abrí el grifo de la bañera y salí, cerrando la puerta. Eché un último traguito y le tendí el vaso a Monique.

—¿Tienes miedo?

—No... no...

Me hubiese reído de tan pueril mentira si hubiera sido pronunciada en otras circunstancias.

Le di una palmadita en una cadera.

—Anda, abre. Ya sabes lo que tienes que hacer.

Monique se dirigió a la puerta, con el vaso de licor en la mano izquierda; con la derecha, y tras asegurarse de que yo me colocaba en el sitio que ocultaría la puerta una vez abierta, tiró del pomo.

—¿El señor Robson?

—Pasen. Está tomando una ducha.

Monique se apartó. Oí las pisadas de dos hombres, y cuando calculé que ambos estaban ya en la pieza, cerré la puerta a sus espaldas. Se volvieron los dos. No eran chinos.

Lanzaron una exclamación al verme allí. Supongo que no me conocían, pero debieron comprender quién era yo, y más en aquella actitud de ataque.

Por lo visto no les gustaba la pelea a tortazos, porque enseguida llevaron sus manos al interior de sus chaquetas.

Monique se portó bien. Tal como habíamos planeado, le tiró el licor a los ojos del hombre que tenía más cerca, el cual se olvidó inmediatamente de su pistola o el arma que fuese.

El otro pudo llegar a meter la mano en el sobaco. Entonces di un paso adelante, y, mientras con mi izquierda mantenía inmóvil tías la tela la mano que buscaba el arma, mi derecha aplastó los labios del hombre, tirándolo hacia atrás aparatosamente.

Me desentendí de él para hundir un puño en el estómago del que

se quejaba groseramente del escozor de sus ojos. El tipo dejó de quejarse de eso para gruñir algo que me dio la seguridad de que le había hecho pupa.

Protegiéndose el estómago con una mano, con la otra insistió en sacar su arma. Le agarre la mano que tan malas intenciones llevaba y se la aparté del cuerpo. Volví a golpearle en el estómago y, acto seguido, como un profesional del *ring*, llevé la mano que había golpeado su estómago en ayuda de la otra, para asir la suya. Me pasé todo su brazo por la cara exterior del mío, como si quisiera que me abrazase, y giré hacia el lado contrario con fuerte impulso.

El tipo salió volando que daba gusto verlo. Se estrelló de cabeza contra el diván, quedando en el suelo como un monigote.

El otro había sacado ya la pistola, pero tuvo una levísima vacilación por la intersección de Monique en la línea de tiro. Reaccioné rápidamente, con uno de esos reflejos que hacen que yo sea un tipo peligroso: me quité un zapato y se lo tiré, con fuerza. ¿Increíble? Bueno.

El caso es que el zapato le dio en un ojo, y el disparo salió desviado con respecto a mí. En cambio, oí un agudo grito de Monique... La sangre se me convirtió en hielo durante una milésima de segundo. A la segunda milésima, era fuego.

Creo que mi *plongeon* habría ganado medalla de oro en cualesquiera juegos olímpicos.

Mi cabeza chocó, con dura resonancia, contra la del tipo, derribándolo completamente al suelo, es decir, haciéndole pasar de la postura de sentado a la de tendido.

Calculé mal. El tipo todavía tenía fuerzas. O sabía de peleas algo más que los dos chinitos. Fue muy sencillo: haciéndome seguir mi propio impulso, me pasé por encima suyo, al tiempo que él daba la vuelta hacia atrás, hasta quedar sentado encima mío.

Algo estalló dolorosamente en mi barbilla; luego, en mi cuello.

Veía el rostro contorsionado de mi enemigo, pero no sus puños. El tercer puñetazo, empero, conseguí que sólo golpease en uno de mis hombros.

Y mientras el cuarto me dejaba la oreja derecha como una brasa, hice lo único que podía hacer de cuantas cosas se me ocurrían: agarré con fuerza una de las tetillas del tipo y apreté rabiosamente.

Gritó como uno de esos pajarracos que hay en la selva, y a los

cuales nunca es posible ver.

Me lo quité de encima de un soberbio tortazo; luego, mi rodilla encajó brutalmente en su bajo vientre. Lo vi palidecer, giraron sus ojos...

Y cuando me colocaba encima suyo para aniquilarlo, algo estalló estruendosamente en mi cabeza. Oí ruido de cositas cantarinas y la voz de Monique, en un sollozo. —¡Oh. Nathaniel...!

Casi enseguida, de nuevo, la voz de Monique, que parecía venir de un lejano mundo oscuro.

—Bebe, amor mío... ¡Oh, qué estúpida...!

Bebí. Me fue bien. Aquello era *whisky*, seguro. Pude abrir los ojos, y dejé de ver aquellas bonitas lucecitas rojas y azules...

—¿Estás bien, mi vida?

—Convaleciente... ¿Qué diablos...?

—Yo... yo quise ayudarte...

Me senté en el suelo. Alrededor mío y sobre mí había trocitos de una figurilla que recordaba haber visto antes sobre una mesita. Una figurilla que, naturalmente, no era de porcelana china. El lujo de una *suite* de hotel caro tiene sus límites.

Miré torvamente a Monique.

—Gracias por tu ayuda. Pero te equivocaste de cabeza, ¿no?

—¡Oh, Nathaniel, no me riñas...!

De pronto, recordé que el tipo aquel había disparado, y que ella había lanzado un gritito. ¡Los muy puercos llevaban silenciadores en sus pistolas...!

Palidecí cuando vi la sangre en el cuello de Monique.

—¡Monique! ¿Qué...?

—Me... me rozó la bala... Pareció que me quemasen el cuello...

—¡Dios!

Me puse en pie de un salto. Y entonces, alguien usó mi cabeza como un «tam-tam».

¡Buena ayuda la de Monique!

—¡Oh, cariño...!

—Cállate. No es nada. Lo tuyo hay que...

—Pero si no tiene importancia.

Miré la herida. Y suspiré. Ella tenía razón. Noté claramente cómo acudían de nuevo a mi rostro el color y el calor.

Cuando me disponía a intentar cortar la pequeña hemorragia, el tipo que había disparado, se movió. Estaba semiinconsciente, y se apoyaba en los codos, alzando la cabeza con pequeñas sacudidas.

Me acerqué a él y le di en la barbilla un feroz puntapié que lo revolcó.

—¡Qué... qué salvaje eres, Nathaniel!

—¿Ah, sí? —Gruñí—. Ese tipo pudo matarte, chiquita. ¿Quién crees tú que es más salvaje? Al fin y al cabo, yo sólo le he roto la cara.

El otro, comenzó a agitarse cuando Monique y yo estábamos dispuestos para la marcha.

Me acerqué a él, lo alcé agarrándolo por las solapas y de dos bofetadas lo envié al diván. Acto seguido, le quité la pistola.

—Hola, querubín —dije.

El tipo debía creer que estaba en otro sitio al oírse llamar querubín. Parpadeó, desorientado. Cuando pudo abrir bien los ojos y me vio delante de él, con su propia pistola apuntando a su pecho, lanzó un juramento *z* media voz.

—No seas cochino —dije. Y añadí, muy sonriente—: Hala, despierta a tu amigo. Nos vamos.

—¿Adónde?

—Tú sabrás. Vinisteis a buscarnos, ¿no? Pues iremos con vosotros.

¿Cómo te llamas?

—Waldo Moss...

Me miraba como si yo estuviese loco.

—No me digas más, precioso. Eres americano. A lo mejor hasta eres de California.

—Sí...

—¡Anda! Igual que yo... Chócala, compañero.

El tipo estaba perplejo. Vaciló brevemente antes de tenderme la mano. Cuando lo hizo, se la agarré con fuerza, lo levanté de un tirón y le regalé dos nuevas bofetadas surgidas de mi fecunda mano.

—¡Eh...!

Un golpe con el cañón de su pistola le hizo comprender definitivamente que a mí el paisanaje me importaba un pitoche coreano. Retrocedió un par de pasos, hasta llegar casi junto a su compañero.

—Coge esa botella y échale *whisky* en los ojos a tu amigo. No es momento de andar durmiendo por ahí. ¡Hazlo!

El amigo lanzó un grito fenomenal. Se levantó de un salto, gritando no sé qué de la familia de quien le había hecho semejante jugarreta.

Un zurdazo mío en las costillas flotantes derechas le hizo comprender que lo mejor que podía hacer era callarse. Esperé a que recuperase la visión de este cochino mundo.

—Monique, coge cualquier bolso tuyo y mete en él la pistola de este amigo. Te vas a...

—¡No! No voy a ningún sitio, Nathaniel, que no sea el mismo al que vas tú.

—Eso nos traerá complicaciones —gruñí—. Pero yo soy un tipo tolerante. Vendrás conmigo... y allá tú. Hala, chicos. Vamos a ver a quién os ha enviado a matarnos.

—No hemos venido a...

—Oh, ya sé. Sólo queríais llevarme a cierto sitio, ¿no? Pues en marcha. Si alguno de vosotros intenta escaparse le clavaré dos balitas en el pescuezo. Os juro que sé disparar. No me obliguéis a demostrarlo.

Los dos tipos estaban algo corriditos. A lo peor se habían imaginado que Nathaniel Robson era un floripondio de esos que sólo saben pensar. Por supuesto que ya debían estar desengañados después de mis amables bofetadas.

Cuando salimos los cuatro de la *suite*, ellos llevaban las orejas tan gachas que casi les llegaban al suelo. Apenas en la calle, vi el coche que los esperaba. Me coloqué entre ellos, aunque ligeramente retrasado.

Al volante del coche había un chinito.

Asomó la cabeza por la ventanilla y gruñó:

—¿Por qué habéis tardado tanto?

Mis dos amigos gruñeron algo. Como ya sabían con quién estaban jugando, abrieron la portezuela y se metieron dentro del coche. Detrás entré yo, y, por último, Monique. Íbamos a estar un poco apretados.

—En marcha, caramelo —dije amablemente.

El chinito se volvió, impasible su terroso rostro.

—Atizadle a este fanf...

Yo fui quien le atizó a él, con la pistola. Sus dientes crujieron imitando la insulsa música china.

—Pon las dos manos en el volante, basura. Y escucha bien: apenas se separen de ahí te opero de encefalitis.

Es admirable el estoicismo de la raza china. O su inteligencia, ¿quién sabe? El caso es que el chinito se limitó a poner el automóvil en marcha.

Monique se pegó mucho a mí.

—Nathaniel: ¿qué es encefalitis?

—Pues no lo sé. Pero ha impresionado al amarillo, ¿eh?

Monique rió.

Antes de llegar al cruce de

Quenn's

Road con Shaito Chiness, tuve que admitir una vez más que, en efecto, estaba en

Hong-Kong.

Había muchas luces, todas brillantes: coches, bicicletas, gran cantidad de *rickshas* que se desplazaban velozmente, y, sobre todo, muchos chinos. Esto último no tiene nada de extraño, cierto.

Era un ambiente inquietante, sugestivo, palpitante de demasiadas cosas...

Poco a poco, el coche se dirigió declaradamente hacia los muelles.

Y ahí fue donde me dije que yo había tenido razón al sospechar de determinada persona.

—Eres un tipo inteligente, Nat.

CAPÍTULO VII

LIN WU TANG

—¿Es aquí, Moss?

—Sí.

—Oíd esto: en cuanto me vea en aprietos, lo primero que fiaré será mataros. ¿Esté claro?

Me contestaron con gruñidos.

Monique se apeó, seguida por mí. Luego lo hicieron los dos blancos, y, por último, el chino.

—Llevadme. Sin vacilaciones, tranquilos como si fuese yo el que estuviese en un apuro. Hala.

Flotaba una ligera niebla por aquella parte del muelle. Había muy pocas luces, diseminadas y amarillentas. Al fondo, destacando pobremente entre la niebla, se divisaban algunas luces que me dije debían pertenecer a los ojos de buey de algún que otro barco de pasajeros. Se oían molotes de lanchones y remolcadores. Algún pitido. Hong-Kong es un puerto en el que se dice que cada segundo entra o sale un barco. Exageraciones.

No había nadie por allí.

—Nathaniel.

—¿Hu?

—Tu amigo el *coolie* tema razón: quien ama el peligro perecerá en él. ¿Por qué no nos vamos, entregamos estos hombres a la policía y que sea ésta la que...?

—¿Admitirías que alguien te ayudase a escribir una de tus novela?

—No, claro.

—Entonces, déjame en paz. La policía no tiene nada que enseñarme a mí.

Sí, señor: Monique me conocía. Se calló como un angelito obediente.

Poco después estuve a punto de soltar la carcajada cuando vi el gran letrero iluminado precariamente por una sola bombilla:

CRAWLES & WU TANG

Import-Export Ltd.

Decía lo mismo en chino. ¿Usted sabe chino, amigo? ¿No? Vea: pues por eso mismo no detallo el cartelito en ese idioma.

Nos detuvimos todos ante una puerta estrecha, mal ajustada.

—¿Se entra por aquí?

—Sí.

—Pues adentro. Tú, compatriota, enciende antes alguna luz.

Es bastante paradójica la diferencia de iluminación entre Hong-Kong ciudad y las dependencias de sus muelles; incluso las entidades privadas como aquella de Crawles & Wu

Tang parecen considerar muy importante el ahorro de energía. ¡Una sola bombilla para tan gran almacén! Mi ánimo, ésta es la verdad, comenzaba a deprimirse. Y más aún cada vez que llegaba a mis oídos el melancólico pitido de alguna sirena desde el muelle grande.

Waldo Moss se detuvo.

—Nos matarán por haber fallado...

—¡Mira qué bien! Si te quedas clavado ahí, será peor. Elige..., pero que sea pronto.

Moss me asesinó con la mirada. El otro tipo, aquel que durante el trayecto Moss me había dicho que era alemán y que se llamaba Karl Beckert, no había despegado los labios. El chinito siempre según las explicaciones «espontáneas» de Waldo Moss, se llamaba Wing Lao. Me dije que no podía ser uno de los dos que me atacaron cerca de la casa de Fu Tse, ya que su rostro, hasta antes de que le golpease con la pistola, había estado intacto.

Poco después, todos nos deteníamos ante una puerta.

—¿Y bien?

—Es aquí —susurró Moss.

—Pues abre ya, y entremos.

He hizo así. Tampoco aquello estaba muy iluminado.

Pero si lo suficiente, sin embargo, para que inmediatamente viese a Lin Wu Tang.

—Bien venido, señor Robson... y señora.

—Hola, Lin —saludé jovialmente.

Lin Wu Tang rió, con grandes estremecimientos.

—Me encanta su personalidad, señor Robson. Créame que lamento tener que matarlo.

—Pues no me mate, hombre. Si me paga bien, le haré de bufón el resto de mi vida.

Lin Wu Tang volvió a reír.

—Le juro —dijo— que admiro a los americanos..., aunque deploro su inconsciencia. Muchas veces me he dicho, sin embargo, que sólo un pueblo tan joven y tan ingenuo ha podido ganar tantas guerras.

—Yo estoy ganando ésta, Lin querido.

—¿Por qué? ¿Porque ha sido usted quien ha apresado a mis estúpidos hombres en lugar de ser éstos quienes le apresasen a usted? Desengáñese, señor Robson: la mentalidad china es más inteligente que la americana.

—No me diga.

—¿Cree que estoy aquí, solo, esperando que llegue usted? No sea ingenuo una vez más, señor Robson. Usted maltrató a dos de mis hombres esta tarde, ya casi de noche. ¿Los recuerda?

—Un poco.

—Esos mismos hombres, un poco resentidos con usted, están ahora bien, parapetados detrás de ciertos cajones. Le apuntan a usted con sus pistolas... Perdona, me he expresado mal: no le apuntan a usted. ¿Ama usted mucho a su bellísima esposa, señor Robson?

Lo confieso: palidecí. A partir de ahora, cualquiera puede insultarme. Por mucho que se esfuerce, nunca me dirá tantas cosas desagradables como me dije yo en aquel momento.

—Miente, Wu Tang.

—¿Sí?

Dio una suave palmadita, que hizo oscilar todo su corpachón asqueroso, y, al instante, sonaron dos tosecitas no supe dónde.

La mano con que empuñaba la pistola tembló. Me hubiese pegado un tiro.

Un consejo, amigo: si algún día se decide a dedicarse a una profesión peligrosa, no se case. Y si se casa o, como yo, tiene intenciones de casarse con una linda muchacha, déjela en casa. A ser posible, a miles de millas de distancia del lugar al que usted ha ido a jugarse el pellejo.

Lin Wu Tang rió.

—Diga algo, señor Robson.

—Gordo.

El chino tuvo tal acceso de hilaridad que me dije que quizá me perdonase la vida y aceptase mi sugerencia de conservármela para divertirlo.

—¿Gordo? —Hipó—. ¿Gordo? Carece usted de imaginación, señor Robson. No soy gordo. Soy enorme, adiposo, asqueroso, monstruoso... Soy un puñado de carne deforme o informe, como quiera. Soy la negación de la estética, de lo bello, de lo humano. Soy una bestia plena de malos deseos y sentidos exacerbados que ni siquiera tiene el atenuante de poseer forma humana... Matadlo.

¡Dios!

Así, como quien dice: mañana comeré lechoncillo; y se mete en el corral de su bien provista granja...

Aparecieron los dos chinitos. Efectivamente, llevaban armas, y si una de ellas apuntaba hacia mí, la otra lo hacía hacia Monique. Me pregunté qué hubiese hecho Bram en mi lugar.

—Un... un mo... momento, Wu Tang —tartamudeé—. Usted... no puede... no puede matarme así, por las buenas.

—Es por las malas, señor Robson, no por las buenas. Y también podría matarlo por las buenas, por supuesto. Una cosa tiene que agradecerme: que me limite sencillamente a matarlo. Si así lo hago es porque, de verdad, usted me cae simpático, como dicen en su país.

—Pero... Usted es un hombre civilizado, Wu Tang. No puede... no puede convertirse así tan... sencillamente en un verdugo...

—Usted, señor Robson, no sabe lo que es un verdugo. De otro modo, no me honraría con ese nombre. Un verdugo es un artista, un

hombre genial que sabe matar lentamente; el que va a morir tiene que darse por enterado de ello; matar no tiene que ser simplemente quitar la vida.

Hay que destruir al hombre, humillarlo, hacer que desee la muerte. Y, entonces, cuando él mismo lo pide.

No soy un superhombre. De momento, creí que el temblor que agitaba mi cuerpo provenía de las manos de Monique, que ella había agarrotado en torno a mi brazo. Pero no. Era yo quien temblaba.

Y notaba tan gran frío en el rostro que me pregunté si estaría muerto ya.

—Pero —prosiguió Lin Wu Tang— por esta vez no seré digno de mis gloriosos antepasados, señor Robson. Ellos sabrán disculpar mi simpatía hacia un hombre al que, lamentándolo, tengo que matar. ¿Por qué mira la hora en su reloj, señor Robson? No se moleste. La ciencia es hoy casi perfecta. El forense encargado del caso dictaminará casi exactamente cuándo y cómo murió usted.

Jamás había tenido tan secos los labios y tan áspera la lengua.

—¡Un momento, Wu Tang! ¿De veras le soy simpático?

El chinazo rió.

—¡Mucho, se lo juro!

—Entonces, un último favor: dígame cómo ocurrió todo, por qué la policía encontró un cadáver que no era Sam Bascomb y, en cambio, todo quería indicar que era él. Dígame...

—Lo que usted anhela es prolongar su vida, señor Robson. Y, como eso significa que, a la vez, prolongará su agonía, voy a complacerle. Por supuesto, sé que usted espera que algo le salve de morir; quiere ganar tiempo, sea como sea, a costa de lo que sea... Le voy a complacer. Siéntese, por favor. Ella también..., delante de mí, que la vea bien. Es usted un hombre de extraordinario gusto...

Mis nervios vibraron con dolorosa sacudida. Hasta entonces casi inconscientemente, había estado pensando que Monique también sería asesinada. Y entonces comprendí que no. Que, por lo menos de momento, no. Antes...

En

Hong-Kong

nunca hace frío, pero yo me quedé helado, yerto...

Lin Wu Tang se levantó de encima del gran cajón que había

estado utilizando como asiento y se acomodó en el suelo, con las piernas cruzadas.

Quizá me ponga monótono, pero me veo obligado a mencionar de nuevo a Buda. Lin Wu Tang me lo recordó.

Con su enorme barriga, sus piernas cruzadas, sus inexpresivos ojos, me recordó una gigantesca versión de ese filósofo oriental.

Monique y yo nos sentamos donde nos había indicado. Contra mi voluntad, miré de nuevo el reloj de mi muñeca.

—¿Espera a alguien, señor Robson?

—Sí.

Una vez más rió Wu Tang. No me importaba. Lo importante era ganar tiempo, que ninguno de aquellos seis hombres —incluido él— apretase el gatillo de su pistola.

—Pues para que no interrumpen el relato, me apresuraré a decirle el por qué de tantas cosas que le han llamado a usted la atención. En primer lugar, tal como su inteligencia captó, su amigo y colega Sam Bascomb está ocupando el ataúd de Henry Crawles, mientras que éste, con un par de balazos en el pecho, ha sido hallado esta mañana por la policía inglesa.

Este hallazgo, debo admitir que ha sido un fallo nuestro. Es decir —su mirada se endureció—, de mis hombres. No supieron lastrar debidamente el cadáver. Usted sabe que es posible tirar un cadáver al mar y que jamás vuelva a la superficie. Ellos no supieron hacer ni siquiera eso. Mírelos, señor Robson. Tres son chinos, como yo: Wan, Tao y Wing Lao; los otros dos son Karl Beckert alemán, y Waldo Moss, norteamericano. Cinco hombres que, juntos, no valen lo que usted.

—Muy agradecido, Lin.

—Es la verdad, Daría algo por tener la seguridad de que, si le propusiese perdonarle la vida, usted trabajaría lealmente para mí. Como sé que eso es imposible, ni siquiera se lo sugiero.

—Inténtelo.

—No me gusta perder el tiempo. Esto que hago con usted es una deferencia especialísima. En realidad, señor Robson, ¿a qué negarlo?, le admiro. Admiro la inteligencia. Y cuando la inteligencia va acompañada de la habilidad que tiene usted para la lucha, mi admiración aumenta. Si usted tuviese mentalidad o instintos de maleante, se haría rico en muy poco tiempo, a mi lado.

—Eso sería estupendo. Pero ¿no cree que se está desviando de la cuestión?

—Es cierto. Nosotros... —Lin Wu sonrió, e hizo una breve pausa—. Bueno, ahora yo solo, ya que mi socio Henry Crawles tuvo la desdicha de fallecer en un accidente, nos dedicamos al tráfico de opio. Ilegal, por supuesto. La Compañía tiene dos barcos. Toca Macao, Kuang Tung, Manila, Singapur... muchos puertos. Estos cinco estúpidos que tiene ante usted, distribuyen el opio. Bajo el pretexto de la importación y exportación, los barcos de la antes llamada

Crawles & Wu

Tang, trafican productivamente. Y no sólo en opio. Por supuesto, señor Robson, mi estimado ex socio Henry, no estaba enterado de esto. No lo estuvo durante un tiempo, por lo menos. Un mal día se enteró o sospechó algo. Un mal día para él, se entiende. No debía estar muy seguro, y su más inmediata acción fue llamar a cierta agencia investigadora de Los Ángeles. Vino un tipo llamado Sam Bascomb, y al parecer, descubrió demasiadas cosas. Su agencia, señor Robson cuenta con gente que sabe lo que se hace en todo momento.

—Nadie diría que piensa usted matarme, amigo Lin. Tanta coba sugiere otra cosa.

—Quizá —rió Wu Tang—. Sin embargo, señor Robson, dentro de poco, usted estará muerto. Proseguiré: yo ignoraba lo que tramaba mi ex socio, pero alguien me advirtió:

—¿Quién?

—Alguien. Naturalmente, en cuanto supe que Henry Crawles estaba descubriendo el asunto, comprendí que había que hacer algo.

—¿Y lo mató?

—Sí. Personalmente. Mi socio me resultaba antipático.

—Lo contrario que yo. Siga. Lin querido.

—Fue un placer matarlo. Tres de estos estúpidos atraparon a Henry y a Sam Bascomb. Ellos fueron presa más fácil que usted. Era tanta la antipatía que sentía por Henry que ni siquiera le dejé asegurarme que nada iba a pasar, que no diría nada... Le maté de dos disparos al pecho. Luego me aseguré de que Sam Bascomb no había enviado todavía ningún informe a Los Ángeles dando cuenta de sus descubrimientos...

—Déjeme demostrar una vez más que soy inteligente, Lin.

—¿Sabe el final?

—Escuche: después de matar a Henry Crawles, usted comprendió su error. Se había dejado llevar por el odio acumulado. Por supuesto, podía hacer desaparecer el cadáver a fin de que no fuese descubierto con dos balazos en el pecho. Pero la desaparición de Henry Crawles originaría las consiguientes investigaciones. Mal asunto. Entonces, y puesto que aún no había matado a Sam Bascomb tuvo la idea salvadora: cambió de uno a otro todo cuanto podía contribuir a identificarlos. A Henry Crawles le hizo tirar al mar, bien lastrado... Debió hacerlo personalmente, Lin: no hubiesen habido fallos.

—Es verdad —suspiró el gordo.

—Luego, convenientemente documentado y marcado Sam Bascomb como si realmente fuese Henry Crawles, lo metió en el coche de éste y lo accidentó, tras asegurarse de que el coche ardería lo suficiente para que el cadáver tuviese que ser reconocido por sortijas, relojes... o demás datos de difícil combustión. Dígame: ¿no es cierto que Sam Bascomb y Henry Crawles tenían parecida constitución y estatura?

—Acertó otra vez, señor Robson.

—Pues ya está todo. Se desembarazaba de los dos, y al mismo tiempo, se libraba de futuras molestias, ya que nadie iría a molestarle precisamente a usted si alguna vez salía a la superficie del mar el cadáver de un americano llamado Sam Bascomb. Al mismo tiempo, además de librarse de molestias y de un socio, pagaba el favor que le habían hecho al advertirle de que Henry Crawles sospechaba de usted, y que un hombre había venido a investigar desde Los Ángeles.

—¿Cómo pagué el favor, señor Robson?

—Con cien mil dólares americanos procedentes de la Hong-Kong

Insurances. Usted no desembolsó un solo «yen», pero Nancy Crawles recibió cien mil dólares. Pero quisiera saber: ¿por qué hizo matar esta misma tarde a Max Marvin?

Lin Wu Tang miró ceñudamente a sus hombres.

—¿Le dejasteis llegar allí?

—No pudieron evitarlo. En realidad, Lin, ni usted ni sus

hombres podrán evitar que yo haga lo que tengo pensado hacer.

—Mejor para usted —se estremeció el chinazo—. ¿Quiere que le diga por qué hice matar a Max?

—Quiero.

—Henry Crawles y yo teníamos un seguro recíproco.

Si cualquiera de los dos fallecía accidentado, el otro cobraba una fuerte suma...

—¿Superior a los cien mil dólares de la viuda?

—Superior. Max Marvin tramitó el cobro del seguro de Nancy y le llevó el dinero esta mañana. Yo estaba allí, y pregunté a Max Marvin cómo andaba el otro seguro. Me alertó su reacción. Max Marvin estaba investigando, lo comprendí enseguida. ¿Se imagina lo que hubiese ocurrido, aunque el tal Marvin hubiese tenido sólo la mitad de su inteligencia, señor Robson?

—Imagino algo. Usted telefoneó aquí cuando yo salí de casa de los Crawles, indicando a sus hombres por dónde entraría yo en Hong-Kong, ¿no es cierto?

—Cierto. Un pequeño detalle: a Max Marvin lo degolló Win Lao. Es un maestro en estas cosas.

—¡Qué bien! ¿También fue usted?, Wu Tang, quien abrió esta mañana el telegrama en que Bram Holden cometía la estupidez de anunciar mi llegada.

—¡Usted lo sabe todo, señor Robson! No, no fui... —El rostro de Wu Tang se crispó durante un segundo; menos aún. Inmediatamente, sonrió y dijo—: Me ha tendido una trampa, señor Robson.

—Y ha caído en ella. Ahora es cuando, realmente, sé la verdad. Y sé, por tanto, quién fue el «alguien» que le advirtió a usted de las investigaciones que Henry Crawles estaba llevando a cabo. Sé...

Me detuve.

Al principio, no podía dar crédito a lo que veía. Luego casi al instante, comprendí que no tenía nada de extraordinario: Waldo Moss, mi compatriota, estaba encendiendo un cigarrillo con un encendedor de más que regular tamaño.

—¿Qué es lo que sabe usted, señor Robson?

Me fijé dónde guardaba Moss el encendedor, y proseguí:

—Sé que usted ha sido utilizado por un cerebro más inteligente

que el suyo, Wu Tang.

Lin Wu Tang suspiró, tremolantes sus carnes.

—Entonces, señor Robson, puesto que ya lo sabe todo, puede morir. Tú, Wang.

La única bombilla que iluminaba. —¿Iluminaba?— el almacén se apagó medio segundo antes de que el chinito apretase el gatillo.

Cuando sonó el disparo, yo ya no estaba en el lugar que había ocupado durante la larga y reveladora charla con Lin Wu Tang. A los chinos les pierde su deseo continuo de demostrar su inteligencia. No debió hablar tanto, y matarme antes.

Mi salto me llevó junto a Monique y, sin contemplaciones, la arrastré conmigo al suelo.

El interior del almacén era ahora un mundo oscuro, sobrecogedor.

Monique supo que no debía hacer ningún ruido. Imitándome se arrastró de rodillas junto a mí. Llegamos a uno de los ángulos del local, y susurré junto a su oído:

—No te muevas de aquí pasé lo que pase. Pase lo que pase, Monique.

—Nathaniel...

Cuando encontré sus labios en la oscuridad, temblaron bajo los míos.

Y no de amor esta vez.

—Cálmate. Y no te muevas.

Dos disparos taladraron la oscuridad, al azar.

—¿Está usted bien Robson? —preguntó a gritos una voz, desde el exterior.

—Ahora mismo te contesto, estúpido —gruñí.

Me deslicé por el suelo, alejándome el máximo posible del lugar en que había dejado a Monique.

—¡De alguna señal de vida. Robson! De lo contrario arrasaremos el almacén.

—¡Maldito idiota!

Justo en el momento en que alzaba sobre mi cabeza una de tantas cajas que había allí, me pareció oír el ruido de una puerta. O algo parecido.

Doblé la cintura hacia atrás, y cuando hube tomado el suficiente impulso, lancé la caja contra los sucísimos cristales —hasta el punto

de que ni siquiera se podía ver a través de ellos— de la ventana más cercana a mí. Saltó en pedazos, naturalmente, ocasionando argentinos ruidos de cristales.

Varios trazos cárdenos sirvieron para hacerme comprender que los hombres de Lin Wu Tang se dejaban llevar por los nervios al disparar contra una ventana a través de la cual solamente había pasado una caja de madera. Con la visión de los fogonazos oí los «plop-plop-plop» de los disparos efectuados con silenciador.

Vacilé. No podía dejar allí a Monique... Y, sin embargo la tentación de intervenir activamente era demasiado fuerte. Me convencí a mí mismo de que Monique obedecería mis instrucciones.

Y no lo pensé más.

Me aseguré de que no tropezaría con nada, respiré hondo y me dije:

«Adelante, Nat».

Salvé los ocho o diez metros batiendo mi propio récord de cuando yo estaba para esas tonterías tales como el atletismo; salté como nunca había saltado; el salto de «carpa» me salió bien, y pasé limpiamente a través de la ventana, gritando:

—¡Soy Robson, no dis...!

El batacazo me cortó el resuello, pese a haber caído bien, con la cabeza encogida y rodando por el propio impulso del salto. No supe quién me había ayudado hasta que hube sacudido la cabeza un par de veces.

—El señor Lobson es un veldadelo gimnasta. ¿Se poltó bien Fu Tse?

—Estupendamente, Fu. ¿Y el inspector?

—Pol ahí viene, cleo.

Richard Warren me espetó:

—¿Y su esposa?

—Estaría en mejor situación si no hubiesen tardado tanto.

—¿Tanto? Cuando su criado nos fue a buscar salimos con él al instante; llegamos al Victoria Hotel cuando ustedes salían de allí. Y les hemos seguido con las máximas precauciones. Pero luego, al tener que llegar aquí a pie para que no oyese los coches, y cuidando además de no ser oídos ni vistos nosotros, la cosa se entorpeció. Pero llegamos cuando apenas habían entrado en el primer almacén. Lo rodeamos todo, y vimos que donde estaban

ustedes también daba al exterior.

—Y luego se durmieron, ¿no?

—No. Oímos una interesante conversación.

Me puse rojo de ira.

—¿Quiere decir que pudo intervenir antes, pero que no lo hizo porque estaba oyendo lo que me contaba Lin Wu Tang?

—En efecto. Luego, cuando vi la situación verdaderamente difícil, corté el hilo de la luz.

—¿Cuándo vio la situación verdaderamente difícil? —Todavía estaba más asombrado que irritado—. Oiga, inglés...

—¿Olvidó a su esposa?

—¡Qué esposa ni qué...! Quiero una pistola, inspector.

—Ni hablar. Usted es un paisano... y extranjero. No lo olvide, Robson.

Díganos de una vez cómo tenemos que actuar para no herir a su esposa.

De pronto, recordé algo, y un ramalazo de rabia me sacudió.

—Está en aquel ángulo del almacén. Lo demás pueden batirlo.

—Primero les conminaremos a que salgan. Si se negasen... ¡Eh! ¿Adónde va usted? ¡Robson!

Pero yo corría ya rodeando el local, con Fu Tse pisándome los talones.

—Le ayudalé, señol Lobson.

—¿A qué?

—A cualquier cosa.

—Cállate.

Cuando doblaba la esquina, oí la voz del inspector Warren. Varios hombres estaban apostados en la pared; no nos hicieron caso ni a Fu ni a mí. Oí los disparos con que los hombres de Lin Wu Tang contestaban a la sugerencia de rendición que éste debía haberles formulado: resonaron nítidamente, aunque un tanto apagados. ¡Los muy estúpidos habían quitado los silenciadores a sus armas...! Claro que para enzarzarse declaradamente a tiros era un adminículo molesto.

Cuando llegué a la parte trasera del almacén, me dije que había llegado tarde. Entonces comprendí que el ruido de una puerta era el que había señalado la huida de Wu Tang..., por lo menos. Llegué a la puerta, pero no había ni rastro de él.

Me volví. Ante mí, estrechos callejones formados por enormes fardos. Oscuridad.

—¡Maldito! Seguro que tendría algún coche por ahí...

—El inspector encontló coche allá, señor Lobson. Dos de sus hombres quedalon vigilándolo.

—¡No me digas!

Entonces sonreí. Muy bien. Eso quería decir que Lin Wu Tang andaba escondiéndose entre las grandes pilas de fardos y cajones, buscando un lugar por el que poder escapar.

Sin dudarlo, me metí por tan peligroso terreno, seguido siempre por Fu Tse. Hasta nosotros llegaba el estruendo de numerosos disparos.

Cuando estábamos bien metidos en aquella serie de callejones, cesaron.

Una voz, crispada, llamó:

—¡Nathaniel!

—¡Dios! Vuelve atrás, Fu. Dile que estoy bien. Y no permitas que venga por aquí.

—Sí, señor Lobson.

Durante un par de minutos busqué afanosamente a Lin Wu Tang, total para que fuese él quien me encontrase a mí. Apareció de pronto, como una enorme sombra. Sus manos rodearon mi cuerpo, hasta juntarse en la espalda a la altura de los riñones. Noté el contacto de su carne grasienta en mi cara, su jadeo...

—¡Aaaaggg...!

Por un momento, temí ser partido en dos. Aquella bestia poseía una fuerza muy superior a la mía, y apretaba con salvaje furia. Noté cómo la cabeza me daba vueltas...

Le cogí ambas orejas y tiré hacia abajo con todas mis fuerzas. Wu Tang lanzó un espantoso alarido, como el mío de antes, y me soltó. Sin perder segundo, le hundí el puño en el barrigón: fue como si lo hiciese en un pegote enorme de masa.

Me atizó una fenomenal y desmañada bofetada que me lanzó contra una pila de sacos como si yo pesase un par de libras. Ni siquiera estaba de nuevo en pie cuando lo vi abalanzarse sobre mí. Era una estupidez luchar cuerpo a cuerpo con aquella mole, de modo que me aparté, dejando que se estrellara contra los sacos.

Lo agarré por el cuello de la blanca chaqueta y quise volverlo

para atizarle un tortazo. Lin Wu Tang, todavía de bruces contra los sacos, ni siquiera se movió. En cambio, su mano izquierda sí lo hizo, hacia atrás, con el mismo o parecido gesto desmañado de antes.

Esta vez no me detuvo ninguna pila de sacos. Rodé bastante antes de detenerme.

Oí su estruendoso jadeo, y me puse en pie de un salto. La cara me ardía como si tuviese allí una torta de maíz mexicana, recién salida de la sartén.

Quise retroceder para recibirlo mejor, y casi me cal al agua. Estaba al borde del muelle de aquel tinglado. Tuve la esperanza de que Lin Wu Tang no se diese cuenta de ello, y lo esperé a pie firme, pensando apartarme y esquivar su acometida, con lo cual caería al mar...

Pero no.

Wu Tang se detuvo. Jadeaba más que cinco hombres juntos.

—Le... le... le des... destrozaré... Rob... son...

Yo sabía que lo deseaba. Y me estaba cercando. Me dije que tenía que pasar al ataque o darme un baño. No quise arrgarme, y salté hacia adelante.

Fue suerte.

Solamente suerte.

Solamente podía ser suerte acertarle en su punto débil; la nariz. Yo había comprobado antes que mis puñetazos casi no le hacían mella, pues la gruesa capa de grasa impedía que mis puños llegasen con fuerza a los puntos vulnerables del cuerpo.

Pero en la nariz no tenía la suficiente grasa. Y como con aquel tipo no valían las malas mañas de una pelea hampona cuerpo a cuerpo, le fui haciendo papilla la nariz con los más impecables directos que pueda soñar púgil alguno.

Yo soy así.

Lo acorralé. Rugía como una docena de tigres rabiosos, pero cada vez que intentaba agarrarme de nuevo por los riñones, mis puños estallaban en su nariz; uno, dos, uno, dos... uno... uno...

No caía.

Se acercaba a mí, bamboleante, recibía unos cuantos puñetazos en la nariz, retrocedía rugiendo, y volvía al ataque... Creo que yo comenzaba a estar más cansado que él.

De pronto, llegó a mí. Su ajamonado antebrazo me golpeó en la mandíbula. Rugía cada vez más fuerte, más exasperado, más lacerado.

Conseguí separarlo lo suficiente para golpear de nuevo su nariz. Perdió los nervios.

Gritando como un poseso, con los brazos abiertos, cargó a la desesperada contra el odiado enemigo. Retrocedí dos pasos y...

Un instante antes de desaparecer bajo el agua, le vi pasar por encima mío, llevado por su impulso, como un desproporcionado bote que se nace a la mar. No pude oír el que debió ser estruendoso chapoteo de su cuerpo al hundirse, porque yo ya estaba hundiéndome.

Subí a la superficie con lentas brazadas. Al pensar que tendría que vérmelas en el agua con semejante ballena, me estremecí. Me agarré con ambas manos a uno de los resbaladizos postes del muelle, y esperé.

Cuando el foco de la linterna del inspector Warren cayó sobre mí, todavía no acababa de creermelo que Lin Wu Tang se había ahogado.

Curioso: una ballena que no sabía nadar.

—¡Nat, Nat...!

Ni presté atención a que Monique me llamase así ni a las atiborradas preguntas de Richard Warren. Abracé fuertemente a Monique, y, como en un remanso de paz y calor, de felicidad, hundi mi cara entre su cuello y su hombro.

Monique no protestó por el hecho de que yo estuviese mojado.

* * *

Media hora después me encontraba cómodamente sentado en el interior del coche que había alquilado. Monique estaba junto a mí, dándome besitos en la mejilla y en la comisura de la boca.

Yo estaba reventado.

Richard Warren se asomó por la ventanilla.

—Muy bien, Robson; vaya a su hotel. Todo solucionado.

—Gracias, inspector. Hasta la vista.

—Tengo la seguridad.

—Vámonos, Fu.

Mi amigo el coolie Fu Tse puso en marcha el coche. Cuando hubimos rodado un buen trecho, saqué del bolsillo el encendedor que había quitado del cadáver de Waldo Moss.

Un encendedor a gas, de buen tamaño, que había pertenecido a Sam Bascomb.

—No todo está solucionado todavía. Creo que sacaremos provecho de mi habilidad para escamotear sin que la policía lo advierta.

—¿Qué dices, Nathaniel? El inspector Warren te vio...

—¿Me vio? —Me eché a reír—. No sé por qué diablos tengo que creer siempre que soy la única persona inteligente del mundo. Por supuesto que me vio, y como sabe que preguntándome no va a conseguir nada... me deja libres las manos, aunque agarrándome los pies. Bueno, por lo menos sé que no intervendrá hasta el momento oportuno. Buen tipo, sí.

Eran cerca de las doce cuando entramos en una tienda de fotografías, tras despertar al dueño a golpetazos en la puerta. Sus protestas se ahogaron en el billete de cien dólares que le puse en la mano.

—Quiero que me revele esto enseguida.

—Con mucho gusto, señor.

¿Han oído ustedes hablar de esos encendedores que contienen una diminuta cámara fotográfica?

El de Sam Bascomb era de éstos.

CAPÍTULO VIII

SORPRESA FINAL

Cuando el chino nos vio, dijo:

—La señora Crawles no...

Lo aparté con firmeza que supo interpretar; la interpretó tan acertadamente que no volvió a aparecer por allí.

Monique y yo nos dirigimos hacia la espaciosa sala donde se había realizado la última entrevista entre los Crawles y nosotros. Ella estaba tan hermosa como siempre, pero mi aspecto, desde luego, no podía ser en absoluto agradable: mojado, magullado, hosco el semblante...

Abrimos la puerta.

Tres miradas convergieron en mí. Tres pares de ojos muy abiertos, fijos, inmovilizados, hieratizados por el espanto y la sorpresa.

—Lin Wu Tang no podrá venir —dije.

Debbie Parker estaba sentada en un sillón, con sus bonitas piernas cruzadas y mostrando el blanco de los ojos, de sus bellos ojos azules de muñeca rubia. John Parker y Nancy Crawles estaban en pie, cerca de la pared.

La viuda fue la primera en reaccionar. Lanzó un sollozo y se dejó caer en el sillón más próximo.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Debbie Parker ladeó la cabeza y la miró, con perplejidad. Luego, me miró a mí, levemente, abierta su boquita roja y llena. Cuando volvió a mirar a Nancy, John Parker estaba junto a ella, con una mano apoyada en su hombro: una mano tensa, agarrotada.

Debbie susurró:

—¿Qué... qué hace usted aquí, señor Robson?

Sonreí con sarcasmo, que encajó perfectamente con mis palabras:

—Ya no soy detective privado. Ahora me dedico a repartir fotografías. Pagan bien.

—¿Fo... fotografías...?

—Eso he dicho.

Me adelanté, sacando un sobre del bolsillo. Lo tendí a Debbie. Ella lo tomó manteniendo fijos en mí los ojos. Sin dejar de mirarme, tanteo hasta encontrar la abertura, extrajo las fotografías, y las miro, de golpe.

Parpadeó.

—Pero...

Miró a su hermano, y a Nancy. Una luz de comprensión asomó a sus ojos. Sin embargo, musitó:

—No... no puede ser... Esto... esto...

—Esto es canallesco, muñeca. Tómelo con calma, Parker, y no se moleste en apretar los puños. Acérquese a mí con ganas de pelea y se enterará de algo bueno. Usted sólo tiene fachada. Es bien cierto que fuma opio. Usted, Parker, no vale nada, ¡nada!

—Salga de aquí, Robson.

Sonreí, irónico.

—Por supuesto que saldré de aquí. Y pronto. Pero antes tiene que tomar sus fotografías y firmarme el conforme. Páseelas, señorita, por favor.

—No tengo ninguna fotografía que...

Me acerqué a él.

—Usted —mordí— hará lo que yo le ordene. O eso o lo destrozo, Parker. ¡Mire esas fotografías!

Cuando lo hizo, palideció. Dos de ellas se escaparon de sus manos y cayeron sobre el regazo de Nancy Crawles, que las agarró con dedos temblorosos. Lanzó un gemido al verlas, y repitió:

—¡Dios mío, Dios mío...!

—¿Eso es todo, ahora? ¿Eso es todo lo que tiene que decir cuando ya se ha descubierto su suciedad, su...?

—¡Cállese! —gritó Parker—. ¡Cállese o...!

De un tortazo lo envié contra la pared: cuando rebotó lo acogí

con un
uno-dos

al estómago y un gancho a la barbilla que dieron con él en tierra.

Me coloqué delante suyo, a la espera.

—Estaba deseando hacerlo, Parker. Si quiere que la cosa siga adelante, levántese. Será un placer partirle la cabeza, miserable.

Como pocas horas antes, me miró y no se levantó. Sus ojos estaban helados. No pude contenerme: le cogí por el cuello de la chaqueta, lo levanté y lo tiré en el largo sofá de dos violentísimas bofetadas.

—Aún puedo aguantar un par de asaltos más, Parker. Atrévase, hombre.

Nancy Crawles se levantó y se abalanzó contra mí, chillando.

—¡Déjelo! ¡Déjelo, maldito! ¡Maldito sea usted y...!

Quería arañarme, morderme, golpearme... ¡qué sé yo! No la tiré patas arribas a bofetadas en atención a su estado. Pero la cogí con fuerza por los brazos y la obligué a sentarse.

—Así, quietecita, señora Crawles. Van a tener que escucharme. Tengo muy poco tiempo para demostrarles a ustedes lo mismo que a Lin Wu Tang. Por cierto: se ahogó. Está muerto, sí. Mañana dragarán el muelle, en busca de su cuerpo; supongo que no les costará encontrarlo. Pero díganme: ¿qué les parecen estas fotografías?

Debo decirlo ya, creo. Las fotografías mostraban a Nancy y a su amante John Parker en el reservado de cualquiera de esos establecimientos que abundan en las ciudades grandes. Había cinco fotografías: en dos de ellas, se estaban besando: en la tercera, John Parker estaba sentado en el borde de la cama, encendiendo un cigarrillo. Nancy estaba a su lado. La cuarta y la quinta no me permitiría detallar ni la más benévola de las censuras morales.

—¿No contesta? No importa. Hablaré yo. ¿Saben para qué llamó Henry Crawles a un detective privado de Los Ángeles? Para que no fuese nadie de

Hong-Kong

quien descubriese esta sucia verdad de las relaciones entre su querida esposa y su sobrino. Hasta en eso tuvo delicadeza. Hasta en eso se portó bien con una basura como ustedes. Naturalmente, por mucha delicadeza que se tenga, el divorcio se impone en un caso

así. Y Henry Crawles no quiso dudas ni discusiones. ¿Solución?

Pruebas indiscutibles. Y aquí están.

Hubo un corto silencio.

Sobre la mesita vi una caja que me pareció debía contener cigarrillos: la abrí y tomé uno, quedando un poco confuso ante la alegre musiquilla que brotó de la caja al abrirla. Vi como Monique se estremecía; sin duda su senado de lo trágico no admitía aquella música en una situación semejante.

Baje la tapa y encendí el cigarrillo con el encendedor de Sam.

Y proseguí:

—Ocurrió algo inicialmente sorprendente cuando llegó a Hong-Kong

mi colega Sam Bascomb: Lin Wu Tang creyó que aquel hombre, americano, venía con el propósito de descubrir sus sucios manejos de contrabando. Se dijo que Henry Crawles sospechaba de él, y decidió eliminarlo, junto con el detective privado de Los Ángeles. Y lo hizo. Lin Wu Tang hizo el trabajo sucio mientras ustedes esperaban tranquilamente el feliz desenlace. Un desenlace que impediría a Henry Crawles solicitar el divorcio y, naturalmente, desheredarlos. ¿Qué le ocurre, señora Crawles? ¿Le parezco un loco?

—Lin... Lin Wu dijo..., dijo que iba a ayudarnos. No sabíamos que él... que él...

—¿Que él también tenía interés en quitar de en medio a Crawles? ¿No sabían eso? ¿No sospecharon nada? ¿Creyeron que Lin Wu Tang iba a hacer todo eso —dos crímenes— para ayudarlos a ustedes? ¿No se les ha ocurrido preguntarse cómo sabía Lin Wu Tang lo del detective y que éste había venido a descubrir sus ilícitas relaciones? ¿Por qué no se preguntan eso?

El asombro predominó sobre las demás impresiones del momento.

—Lo diré yo —reí fríamente—. Yo les diré cómo sabía Lin Wu Tang lo de ustedes y decidió aprovechar tan oportuna circunstancia para hacerse un favor a sí mismo. Les diré...

—Usted no dirá nada, Robson.

Entorné los ojos para mirar a Debbie Parker. Se había puesto en pie, y me apuntaba con una pistolita que parecía de juguete.

—¿De veras cree que no lo diré? De todos modos, preciosa, debo

agradecerle que haya acusado el impacto de mi disparo casi al azar. Solté la pistola.

Debbie Parker estaba lívida. Comprendí que no pensaba hacerme ningún caso. Iba a disparar. Y me mataría. La pistolita podía parecer de juguete, pero no lo era.

Vi en sus ojos que iba a disparar, y grité:

—¡Va a disparar...!

Y sonó el disparo, al tiempo que yo me dejaba caer al suelo. Cuando miré hacia Debbie Parker, la bella muchacha había caído de nuevo en el sillón, y una gran mancha roja se extendía rápidamente por sus bonitos hombros, por su elegante vestido.

Me incliné; recogí la pistolita y me volví hacia la puerta.

—Oportuno como siempre, inspector. Gracias.

Richard Warren tenía en la mano su pistola, que temblaba ligeramente.

—Usted está loco, Robson. ¡Loco! Si tanto sabía, ¿por qué no pedirme ayuda, por qué no traer un arma?

—Usted me negó el arma, inspector, recuerde. En cuanto a su ayuda, sabía que llegaría en el momento oportuno. Usted parece tener especialidad en oír interesantes conversaciones detrás de puertas o ventanas.

Warren bufó. Detrás de él entraron un sargento chino, dos policías de la misma raza, también de uniforme, y dos agentes ingleses de paisano.

El inspector se acercó a Debbie Parker.

—Tendrá que venir con nosotros. Y ustedes también. Hay mucho fango en este asunto. Vamos, señorita: no me diga que la herida en el hombro le impide moverse. Andando.

—Un momento, inspector —solicité—. Tengo derecho a terminar mi discurso. ¿Puedo?

Warren se encogió de hombros.

—Supongo que lo mismo da que hable aquí que en otro sitio. Acabe, Robson.

—Agradecido, Decía... —Miré a Debbie Parker—... Bueno, muñeca, usted supo lo de su hermano y Nancy Crawles. Y se las arregló para que su tío sospechase lo mismo. Hasta que, como es natural estando ya sobre aviso, Henry Crawles supo la verdad. Y confió en usted. Usted, que era quien, veladamente, sin darse a

conocer, le había puesto sobre aviso. Henry Crawles le dijo que había adquirido los servicios de un detective privado, y usted vio a Sam Bascomb cuando éste llegó a Hong-Kong.

Nancy y John Parker se veían en determinado lugar, y usted lo sabía. De nuevo advirtió a su tío de que aquella tarde, o mañana, o cuando fuese, su mujer y John Parker se verían. Supongo que le dejaría alguna nota, o le llamaría por teléfono disfrazando la voz.

Eso es lo de menos. Henry Crawles fue allá con Sam Bascomb. Y obtuvieron las fotos. Sam era un maestro.

«Pero... Mientras ellos obtenían las fotos, usted advirtió a Lin Wu Tang que, efectivamente, Henry Crawles y su hombre habían descubierto el asunto del contrabando. También le dijo dónde estaban y que lo mejor era quitarlos rápidamente de en medio. Y así se hizo. ¿Qué cómo sabía usted lo del contrabando de Lin Wu Tang? Muy sencillo; su hermano lo supo, y se lo dijo a usted. Su hermano, trabajaba para Lin Wu Tang, y éste le pagaba con opio.

»Ahora veamos otro aspecto de la cuestión. Usted supo que Nancy Crawles estaba esperando un hijo... Un hijo de John Parker, por supuesto. Pero..., ¿qué pasaría si Henry Crawles, ignorante de todo, cambiaba el testamento? Ustedes, los Parker, se quedarían sin nada... O por lo menos, con muy poco. Lo mejor, pues, era matarlo antes de que cambiase nada. Y utilizó a Wu Tang. Lo mejor, claro, habría sido que Henry Crawles viviese después de saberlo todo; le hubiera dejado todas sus riquezas a su linda y dulce sobrinita, tras separarse comercialmente de Lin Wu Tang y echar de su casa a su esposa y al ingrato sobrino. Pero eso era demasiado arriesgado, pues Lin Wu Tang podía hacer determinadas acusaciones; y no era del todo imposible que Henry Crawles, más pronto, o más tarde, se enterase de que usted había estado al tanto de las relaciones entre su hermano y Nancy, y que, además, había entrado en tratos con el chinazo.

—¿Cómo sospechó de ella, Robson? —me preguntó Warren.

—Cuando vi las fotografías. Fíjese: Sam Bascomb llegó aquí el dos de este mes y murió el cuatro. Tuvo poco más de un día para conseguir localizar a la pareja infiel y conseguir tan explícitas fotografías... Véalas. ¿No le parece difícil? Estos trabajos suelen ser, ante todo, de paciencia, de espera, de oportunidad. Y él llegó y

triunfó. Comprendí que alguien había advertido a Henry Crawles o a Sam. ¿Quién? Con toda seguridad no iban a hacerlo su esposa o su sobrino. Lin Wu Tang no tenía por qué comprobar las cosas, a mi entender. ¿Qué otra persona quedaba con posibilidades de proporcionar a Crawles y a Sam Bascomb una pista tan rápida y segura?

—Ha hecho un buen trabajo, Robson —gruñó Richard Warren.

—No se esfuerce en reconocerlo, inspector. Usted me parece un tipo estupendo..., aunque a veces tenga la humorada de ponerse pantalones cortos.

Monique me tocó en un brazo.

—¿Y lo del telegrama, Nathaniel? ¿Quién abrió el telegrama de tu jefe, Bram Holden, antes de que lo hiciera Nancy Crawles?

—Nadie —sonreí—. Ella fue la primera en hacerlo. Cuando nosotros llegamos, el telegrama estaba muy bien guardado, ¿recuerdas?

—Sí.

—Por tanto, si ella lo leyó y lo guardó, nadie podía saber nada de mi llegada. El hecho de que lo supiesen quería decir que Nancy Crawles enseñó el telegrama a Lin Wu Tang por lo menos, antes de guardarlo.

—¡Qué inteligente eres, Nathaniel!

—Mucho.

—¿Qué te ocurre? No pareces satisfecho de haber resuelto el caso.

Las mujeres, a veces, no comprenden. Uno puede ser un tipo algo desenfadado, cínico y tal; puede tratar con hampones hablando como ellos, puede hablar en argot lleno de ordinariieces cuando se topa con elementos que no saben que escupir sobre la mesa es feo y antihigiénico; uno, en fin, puede partirse la cara a bofetadas con quien sea y liarse a tiros cuando la ocasión lo requiere; incluso le puede dar un buen cachete a una mujer; uno, en fin otra vez, puede incluso dejar en el baño de su apartamento a una mujer desnuda y marcharse a

Hong-Kong,

que no está precisamente a la vuelta de la esquina.

Uno puede hacer cien mil cosas más o menos desagradables o carentes de elegancia, porque a veces no hay más remedio.

Pero... ¡Dios! Concebir un asesinato tortuoso, al que se añade otro circunstancial, obligado; aceptar que muera un tipo que se gana la vida honradamente en una compañía de seguros; estar dispuesto luego a matar a quien nos descubre y, por supuesto a quien le acompaña, es monstruoso.

Recapacítese cuando el cerebro director de toda esta porquería es el de una mujer que, hasta aquel momento, había sido la mayor alegría en la vida de un tipo, que como Henry Crawles, debía ser una persona decente.

—Nathaniel, ¿no me has oído?

—Te he oído, Monique. Sí, estoy satisfecho. Si me necesita para algo, inspector, estoy en el Victoria Hotel, ya sabe.

—¿Que si le necesito para algo...? ¡Hombre, usted está de muy buen humor! ¡Tendrá que hacer un montón de declaraciones, y...!

—Bien, bien. Adiós.

¡De muy buen humor! ¡Los ingleses sí que tienen un estupendo sentido del humor!

Ya en el coche, pregunté a Fu Tse:

—¿Cuánto te costaría un taxi, Fu?

—Mil dólares; quizá mil doscientos; quizá ochocientos; quizá...

—Quizá lo tengas. Conduce y calla.

—¡Sí, señor!

—Y no mires por el retrovisor. —No, señor. Fue Tse no milalá.

—Ajá.

A Monique le brillaban extraordinariamente los ojos. Me veo obligado a decir que Monique era pelirroja, ya que...

—¿Me quieres, Nathaniel?

—Me vuelven loco las pelirrojas. Loco, Monique, loco.

La besé en los labios. ¡Ah, amigo...! Bueno, no dejé de besarla hasta que una maldita sirena de un maldito barco me recordó que estábamos rodando por las calles de Hong-Kong.

De nuevo las luces, el intenso tráfico, el ruido, la muchedumbre, los *night-clubs*, las *rickshas*, la trepidante vida de Hong-Kong...

—¿Dijiste las pelirrojas, Nathaniel?

—Eso fue hace rato, chiquilla.

—Pero lo dijiste.

La acaricié.

—Rectifico; sólo una. ¿Cuándo nos casamos, Monique?

—Déjame pensarlo —ella rió, porque yo puse cara de susto. Y enseguida, acabó—: de aquí al hotel.

Atrapé avariciosamente su cintura, le di un minúsculo besito en los labios, y exigí, en un susurro:

—Ni un minuto más...

Conclusión

En su despacho de Alvarado Street, en Los Ángeles, Bram Holden terminó de leer la larga carta en la que, desde Hong-Kong, Nathaniel Robson le explicaba lo sucedido y daba indicaciones para solucionar definitivamente el caso.

Cinco días más tarde, impaciente, Bram Holden telegrafió a Hong-Kong:

«Quisiera saber por qué no regresas. *Stop*. Si te hayas en apuros dímelo».

«*Bram Holden*».

La respuesta le llegó a Bram Holden nada menos que tres días más tarde. Y no cabía duda de que era clara y explícita:

«Estoy en luna de miel, *Stop*. Vete al diablo. *Stop*. No pienso regresar jamás. *Stop*».

Hong-Kong

es un inmenso cubo de basura, necesitando tipos como yo, valientes, decididos, audaces, inteligentes, capaces descubrir cualquier sucio asunto. *Stop*. Dentro de poco oirás hablar de

Robson's

Investigations. *Stop*. Ojalá se acaben maleantes y granujas toda especie en Los Ángeles y tengas que

venir

Hong-Kong

solicitándome trabajo muerto de hambre. *Stop*. Te recuerda afectuosamente tu mejor amigo».

«*Nat Robson*».

Bram Holden soltó un resoplido. Contó las palabras del telegrama, e hizo un cálculo aproximado de lo que habría costado.

—Bueno —gruñó—, no parece que sea dinero lo que le falte a Nat...

De pronto, Bram Holden se echó a reír. ¡Diablos, él también tenía sentido del humor...!

Y así, Nathaniel Robson recibió otro telegrama:

«Lamento perder mi mejor hombre. *Stop* Pero celebro perder de vista tipo indeseable y fanfarrón. *Stop*. Siempre tu amigo».

«*Bram Holden*».

Nathaniel Robson sonrió al leer el telegrama. Era todo un tipo el tal Bram Holden.

Y él, Nathaniel Robson. También, ¡qué diablos!

FIN



Lou Carrigan es el seudónimo de Antonio Miguel de los Ángeles Custodios Vera Ramírez.

Nacido en Barcelona en 1934, finalizó en 1953 sus estudios de Peritaje Mercantil, ingresando acto seguido en la banca. En 1958 comenzó a escribir novelas de aventuras, sacrificando el tiempo y los días libres que le dejaba su empleo. El primer western, titulado *Un hombre busca a otro hombre*, apareció en marzo de 1959; a final de 1959 había escrito 6 novelas del Oeste.

Tras el éxito de sus primeras ediciones, en 1962 abandonó su trabajo en el Banesto para dedicarse en cuerpo y alma a la redacción de novelas de género: aventuras, western, artes marciales, terror... pronto se convirtió en uno de los adalides de aquella generación de autores de «bolsilibros» que teñían sus raíces con barniz anglosajón, aplicado al nombre principalmente: Silver Kane (Francisco González Ledesma), Curtis Garland (Juan Gallardo Muñoz), Joseph Berna (José Luis Bernabeu López)...

Especialmente, la vertiente policíaca y de espionaje han sido las que han conferido a Lou Carrigan mayor reputación entre sus miles de fans, permitiéndole trabajar para editoriales punteras en aquellos días como Rollán, Bruguera, Petronio, Producciones Editoriales,

etcétera.

También ha producido medio millar de títulos protagonizados por un mismo personaje, la letal espía *Baby*, éxito de masas en la América hispana y sobre todo en tierras brasileñas.

En 2004 el propio autor cifraba en más de 1100 los libros realizados, algunos reeditados hasta cinco veces, y con numerosas ediciones pirata.

Ha utilizado otros seudónimos como Angelo Antonioni, Crowley Farber, Mortimer Cody, Lou Flanagan, Anthony Hamilton, Sol Harrison, Anthony Michaels, Anthony W. Rawer, Angela Windsor y Giselle...

Notas

[1] Yellow, amarillo. Nombre que se da a los taxis pintados de ese color. < <

[2] Los dólares

Hong-Kong

se cotizan generalmente cuatro veces menos que los americanos. 1
dólar

Hong-Kong

= 075 dólar USA. < <